

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 12

891. En las demás virtudes respectivamente fue admirable y señalado y en especial en la caridad, como quien estaba en la fuente para saciarse de aquella agua viva que salta a la vida eterna (Jn 4, 14) o como vecino de la esfera del fuego, siendo materia dispuesta para encenderse en ella sin alguna resistencia. Y el mayor encarecimiento de esta virtud en nuestro enamorado esposo fue lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 878); pues el amor de Dios le enfermó y él mismo fue el instrumento que le cortó el hilo de la vida y él le hizo privilegiado en la muerte, porque las congojas dulces del amor sobreexcedieron y como absorbieron a las de la naturaleza y éstas obraron menos que aquéllas; y como estaba presente el objeto del amor, Cristo Señor nuestro y su Madre, y a entrambos los tenía el santo por más propios que ninguno de los nacidos pudo ni puede tenerlos, era como inexcusable que aquel candidísimo y fidelísimo corazón se resolviera en afectos y efectos de tan peregrina caridad. ¡Bendito sea el autor de tan grandes maravillas y bendito sea el felicísimo de los mortales San José, en quien todas se obraron dignamente!, idigno es de que todas las generaciones y naciones le conozcan y bendigan, pues con ninguna otra hizo tales cosas el Señor, ni tanto les manifestó su amor!

892. De las visiones y revelaciones divinas con que fue favorecido San José, he dicho algo en todo el discurso de esta Historia (Cf. supra n. 422, 433, 471, 875) y fueron muchas más que se pueden decir; pero lo más se encierra en haber conocido los misterios de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima y haber vivido en su compañía tantos años, reputado por padre del mismo Señor y verdadero esposo de la Reina. Pero algunos privilegios he entendido, que por su gran santidad le concedió el Altísimo, para los que le invocaren por su intercesor, si

dignamente lo hacen. El primero es para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo, para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver a la amistad de Dios. El tercero, para alcanzar por su medio la gracia y devoción de María santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte y en aquella hora defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oír el nombre de San José. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para alcanzar sucesión de hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios a los que debidamente y como conviene le piden por la intercesión del esposo de nuestra Reina San José; y pido yo a todos los fieles hijos de la Santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y los conocerán por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

893. Hija mía, aunque has escrito que mi esposo San José es nobilísimo entre los santos y príncipes de la celestial Jerusalén, pero ni tú puedes ahora manifestar su eminente santidad, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar a la vista de la divinidad, donde con admiración y alabanza del mismo Señor se harán capaces de este sacramento; y el día último, cuando todos los hombres sean juzgados, llorarán amargamente los infelices condenados no haber conocido por sus pecados este medio tan poderoso y eficaz para su salvación, ni haberse valido de él como pudieran, para granjear la amistad del justo juez. Y todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerrogativas que el altísimo Señor concedió a mi Santo Esposo y cuánto puede su intercesión con Su Majestad y conmigo, porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina justicia es uno de los grandes privados para detenerla

contra los pecadores.

894. Y por la noticia y luz que de este sacramento has recibido, quiero que seas muy agradecida a la dignación del Señor y al favor que en esto hago contigo; y de aquí adelante en lo restante de tu vida procures adelantarte en la devoción y cordial afecto de mi Santo Esposo y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesión y solicitarle muchos devotos, y que tus religiosas se señalen mucho en esto, pues lo que pide mi Esposo en el cielo concede el Altísimo en la tierra y a sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos. Y todos estos privilegios corresponden a la perfección columbina de este admirable santo y a sus virtudes tan grandiosas, porque la divina clemencia se inclinó a ellas y le miró liberalísimamente, para conceder admirables misericordias para él y para los que se valieren de su intercesión.

CAPITULO 17

Las ocupaciones de María santísima después de la muerte de San José y algunos sucesos con sus Ángeles.

895. Toda la perfección de la vida cristiana se reduce toda a las dos vidas que conoce la Iglesia, vida activa y vida contemplativa. A la activa pertenecen las operaciones corporales o sensibles y que se ejercitan con los prójimos en las cosas humanas, que son muchas y muy varias y tocan en las virtudes morales, de quien reciben su perfección propia todas estas acciones de la vida activa. A la contemplativa pertenecen las operaciones interiores del entendimiento y voluntad, cuyo objeto es nobilísimo y espiritual y propio de la criatura intelectual y

racional, y por eso esta vida contemplativa es más excelente que la activa y por sí misma es más amable, como más quieta, deleitable y hermosa y que se llega más al último fin que es Dios, en cuyo altísimo conocimiento y amor consiste, y así participa más de la vida eterna, que toda es contemplativa. Estas son las dos hermanas Marta y María (Lc 10, 38-42), una quieta y regalada, otra solícita y turbada; y las otras dos también hermanas y esposas Lía y Raquel (Gen 29, 16ss), una fecunda pero fea y de malos ojos, otra hermosa y agraciada pero al principio estéril; porque la vida activa es más fructuosa, aunque dividida en muchas y varias ocupaciones en que se turba y no tiene tan claros ojos para levantarlos y penetrar las cosas altas y divinas; pero la contemplativa es hermosísima, aunque al principio no es tan fecunda, porque su fruto le da más tarde por medio de la oración y méritos, que suponen grande perfección y amistad de Dios, para obligarle a que extienda su liberalidad con otras almas, pero éstos suelen ser frutos de bendiciones muy copiosas y de grande aprecio.

896. El juntar estas dos vidas es el colmo de la perfección cristiana, pero tan dificultoso como se vio en Marta y María, en Lía y Raquel, que no fueron sola una sino dos diferentes, cada una para representar la vida que significaba; porque ninguna de las dos las pudo comprender entrambas en su representación, con la dificultad que hay de juntarlas en un sujeto en grado perfecto a un mismo tiempo. Y aunque en esto han trabajado mucho los santos, y a lo mismo se ordena la doctrina de los maestros de espíritu, tantas instrucciones de los varones apostólicos y doctos, los ejemplos de los apóstoles y patrones de las sagradas religiones, que todos procuraron juntar la contemplación con la acción, en cuanto con la divina gracia les era concedido; pero siempre conocieron que la vida activa, por la multitud de

sus acciones, en los objetos inferiores derrama el corazón y le turba, como lo dijo el Señor a Marta, y por más que trabaje en recogerse a su quietud y reposo para levantarse a los ojos altísimos de la contemplación, no lo puede conseguir sin grande dificultad en esta vida y por breve tiempo, salvo con otro especial privilegio de la diestra del Altísimo. Por esta razón los santos que se dieron a la contemplación, de intento buscaron los yermos y soledades acomodadas para vacar a ella, y los demás que juntamente atendían a la vida activa y salvación de las almas por la predicación y doctrina, tomaban parte del tiempo en que se retiraban de las acciones exteriores y en lo demás partían los días, dando unas horas a la contemplación y otras a las ocupaciones activas, y obrándolo todo con perfección alcanzaron el mérito y premio de entrambas vidas, que sólo se funda en el amor y gracia como principal causa.

897. Sola María santísima juntó estas dos vidas en grado supremo, sin embarazarse en ella la contemplación altísima y ardentísima por las acciones exteriores de la vida activa. En ella estuvo la solicitud de Marta sin turbación y el reposo y sosiego de María sin descansar en el ocio corporal, tuvo la hermosura de Raquel y la fecundidad de Lía y sola nuestra prudentísima y gran Reina comprendió en la verdad lo que significaron estas diferentes hermanas. Y aunque sirvió a su esposo enfermo y le sustentó con su trabajo, y junto con esto a su Hijo santísimo, como se ha dicho (Cf. supra n. 859), no por eso en estas acciones y ocupaciones interrumpía, ni cesaba, ni se embarazaba su divinísima contemplación, ni se hallaba necesitada de buscar tiempos de soledad y retiro para serenar su pacífico corazón y levantarse sobre los más supremos serafines. Pero con todo eso, cuando se halló sola y desocupada de la compañía de su esposo, ordenó su vida y ejercicios a ocuparse en solo el ministerio del amor interior. Conoció

luego en el interior de su Hijo santísimo que aquella era su misma voluntad y que moderase el trabajo corporal que había tenido en asistir de día y de noche a la labor para acudir a su santo enfermo, y que en lugar de este ejercicio pasado asistiese con Su Majestad a las peticiones y obras altísimas que hacía.

898. Manifestóle también el mismo Señor que para el moderado alimento que habían de usar bastaba trabajar algún rato del día, porque de allí adelante no habían de comer más de una sola vez por tarde, pues hasta entonces habían guardado otra orden, por el amor que tenían a San José y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempos de la comida. Y desde entonces no comieron el Hijo santísimo y su beatísima Madre más de sola una vez a la hora de las seis de la tarde, y muchos días la comida era solo pan, otras añadía la divina Señora frutas, yerbas o pescados, y éste era el mayor regalo de los Reyes del cielo y tierra. Y aunque siempre fue suma la templanza y admirable la abstinencia, pero cuando quedaron solos fue mayor y no dispensaron sino en la calidad del manjar y en la hora de comer. Cuando eran convidados comían en cantidad poca de lo que les daban, sin excusarse, comenzando a ejecutar el consejo que después había de dar a sus discípulos cuando fuesen a predicar (Lc 10, 8). El pobre manjar de que usaban los divinos Reyes le servía la gran Señora a su Hijo santísimo de rodillas, pidiéndole licencia para hacerlo, y algunas veces lo aderezaba con la misma reverencia, porque era para alimento del Hijo y Dios verdadero.

899. No había sido impedimento la presencia del santo José para que la prudentísima Madre tratase a su Hijo santísimo con toda reverencia, sin perder punto ni acción de las que debía y convenían entonces, pero después que murió el santo ejerció la gran Señora con más frecuencia las postraciones y genuflexiones que acostumbraba (Cf.

supra n. 180), porque siempre era mayor la libertad para esto en presencia de los ángeles solos, que en la de su mismo esposo que era hombre; y muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, y muy frecuentemente le besaba los pies, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profundísima humildad y reverencia; y siempre estaba en presencia de Su Majestad con acciones o señales de adoración y ardentísimo amor, pendiente de su divino beneplácito, atenta a su interior para imitarle. Y aunque no tenía culpas ni una mínima negligencia o imperfección en el servicio y amor de su Hijo altísimo, con todo esto estaba siempre —mejor que lo dijo el Profeta (Sal 122, 2)— como están los ojos del siervo y de la esclava cuidadosos en manos de sus dueños, para alcanzar de ellos la gracia que desea. Y no es posible que venga en algún humano pensamiento la ciencia del Señor que tuvo nuestra Reina para entender y obrar tantas y tan divinas acciones como hizo en compañía del Verbo humanado estos años que vivieron juntos y solos, sin otra compañía más de los Ángeles que los acompañaban y servían. Ellos solos fueron los testigos de vista, con admiración y alabanza peregrina de verse tan inferiores a la sabiduría y pureza de una pura criatura que fue digna de tanta santidad, porque sola ella dio el lleno de las obras de la gracia.

900. Con los mismos Ángeles santos tuvo la Reina del cielo en este tiempo dulcísimas contiendas y emulaciones sobre las acciones ordinarias y humildes que eran necesarias para el servicio del Verbo humanado y de su humilde casa, porque no había en ella quien las pudiera hacer fuera de la misma Emperatriz y divina Señora, y estos nobilísimos y fieles vasallos y ministros, que asistían para esto en forma humana, estaban prontos y cuidadosos para acudir a todo. La gran Reina quería hacer por sí misma todas las cosas humildes con sus

manos, de barrer y alinear las pobres alhajitas, limpiar los platos y vasos y disponer todo lo necesario; pero los cortesanos del Altísimo, como verdaderamente corteses y más prestos en las operaciones, aunque no más humildes, solían adelantarse en prevenir estas acciones antes que su Reina llegase a ella, y tal vez, y muchas a tiempos, los encontraba Su Alteza ejecutando lo que ella deseaba porque los santos Ángeles se habían adelantado, pero al punto obedecían a su palabra y la dejaban cumplir con el afecto de su humildad y amor. Y para que en esto no la impidiesen sus deseos, hablaba con los Santos Ángeles y les decía: Ministros del Altísimo, que sois espíritus purísimos en donde reverberan las luces con que su divinidad me ilumina, estos humildes y serviles oficios no convienen a vuestro estado y a vuestra naturaleza y condición sino a la mía, que a más de ser de tierra soy la menor de todos los mortales y la más obligada esclava de mi Señor y de mi Hijo; dejadme, amigos míos, hacer los ministerios que me tocan, pues yo puedo lograrlos en el servicio del Altísimo con el mérito que vosotros no tendréis por vuestra dignidad y estado. Yo conozco el precio de estas serviles obras que el mundo desprecia y no me dio el Altísimo esta luz para que yo las fíe de otro sino para ejecutarlas por mí misma.

901. Reina y Señora nuestra —respondían los Ángeles— verdad es que en vuestros ojos y en la aceptación del Altísimo son tan estimables estas obras como Vos lo conocéis; pero si con ellas conseguís el precioso fruto de vuestra incomparable humildad, advertid también que nosotros faltaremos a la obediencia que debemos al Señor si no os servimos como Su Majestad altísima nos lo ha mandado, y siendo vos nuestra legítima Señora faltaríamos también a la justicia en omitir cualquiera obsequio que en este reconocimiento nos fuere de lo alto permitido; y el mérito que no alcanzáis no ejecutando estas obras serviles, fácilmente, Señora, le

recompensa la mortificación de no cumplirlas y el deseo ardentísimo con que las procuráis.—Replicaba a estas razones la prudentísima Madre y decía: No, señores y espíritus soberanos, no ha de ser así como queréis; porque si vosotros juzgáis por grande obligación servirme a mí como a Madre de vuestro gran Señor, de cuya mano sois hechuras, advertid que mí me levantó del polvo para esta dignidad y mi deuda en tal beneficio viene a ser mayor que la vuestra, y siendo tanto mayor mi obligación también ha de serlo mi retorno; y si vosotros queréis servir a mi Hijo como criaturas hechas de su mano, yo debo servirle por ese mismo título y tengo más el ser su Madre para servirle como a Hijo, y siempre me hallaréis con más derecho que vosotros para ser siempre humilde, pegarme con el polvo y ser agradecida.

902. Estas y otras semejantes eran las contiendas dulces y admirables que tenían María santísima y sus Ángeles, en que siempre quedaba la palma de la humildad en manos de su Reina y Maestra. Ignore con justicia el mundo tan ocultos sacramentos de que le hace indigno la vanidad y soberbia, juzgue por párvulos y contentibles la estulta arrogancia estos oficios y ocupaciones humildes y serviles y aprécienlos los cortesanos del cielo que conocen su valor y solicítelos la mismo Reina de los cielos y de la tierra que supo darles su estimación; pero dejemos ahora al mundo, o con su ignorancia o con su disculpa, sea lo que fuere, porque la humildad no es para los altivos de corazón, ni el servir en los oficios humildes se compadece con la púrpura y holandas, ni el barrer y lavar platos se ajusta con las costosas joyas y brocados, ni para todos sin diferencia son las preciosas margaritas de estas virtudes. Pero si en la escuela de la humildad y desprecio —en las religiones digo— se pegase el contagio de la soberbia mundana y se tuviese por mengua y deshonor esta humillación, no podemos negar que sería vergonzosa o

muy reprehensible soberbia. Si las religiosas o religiosos despreciamos estos oficios y ocupaciones serviles y tenemos por bajeza, a fuera del mundo (profano), el hacerlos, ¿con qué ánimo nos ponemos en presencia de los Ángeles y de su Reina y nuestra, que tuvo por estimabilísima honra las obras que nosotros juzgamos por contentibles, bajeza y deshonor?

903. Hermanas mías, hijas de esta gran Reina y Señora, con vosotras hablo, las que tras ella sois llamadas y llevadas al tálamo del Rey con exultación y verdadera alegría (Sal 44, 16): no queráis degenerar del título honorífico de tal Madre, y si ella misma que era Reina de los Ángeles y de los hombres se humillaba a estas obras humildes e inferiores, si barría y servía en la más baja ocupación, ¿qué parecerá en sus ojos y en los del mismo Dios y Señor que la esclava sea altiva, soberbia y desvanecida y que desprecie la humildad? Vaya fuera de nuestra comunidad este engaño, dejémosle a Babilonia y sus moradores, honrémonos de lo que tuvo Su Alteza por corona, y sea vergonzosa confusión; afrenta y severa reprensión para nosotras no tener las mismas competencias que tuvo ella con los Ángeles sobre quién había de vencer en humildad. Adelantémonos a porfía a las obras humildes y serviles y causemos en nuestros Ángeles santos y compañeros fieles esta emulación tan agradable a nuestra gran Reina y a su Hijo santísimo y nuestro Esposo.

904. Y para que entendamos que sin humildad sólida y verdadera es temeridad pagarnos de consolaciones espirituales o sensibles mal seguras, y el apetecerlas sería loca osadía, atendamos a nuestra divina Maestra, que es el ejemplar consumado de la vida santa y perfecta. Con las obras humildes y serviles que hacía se alternaban en la gran Reina los favores y regalos del cielo; porque sucedía muchas veces, cuando estaba con

su Hijo santísimo retirados en oración, que los santos Ángeles con dulces voces y armonía les cantaban los himnos y cánticos que la beatísima Madre había compuesto en alabanza del ser de Dios infinito y del misterio de la unión hipostática de la naturaleza humana en la persona divina del Verbo. Y para que repitiesen estos cánticos a su mismo Señor y Criador, solía la Reina llamar a los Ángeles y pedirles que alternando con ella los versos hicieran otros cánticos de nuevo, y la obedecían, con admiración de los mismos Ángeles, viendo la profunda sabiduría de su gran Reina, por lo que de nuevo componía y decía. Y después, cuando su Hijo santísimo se retiraba a descansar, o cuando comía, les mandaba, como Madre de su Criador y que cuidaba amorosamente de regalarle, que le hiciesen música en su nombre, y el Señor lo permitía cuando la prudentísima Madre lo ordenaba, dando lugar a la ardiente caridad y veneración con que estos últimos años le servía. Y para decir yo lo que sobre esto se me ha manifestado, era necesario muy largo discurso y mayor capacidad que la mía; por lo que he insinuado se puede conocer algo de tan profundos sacramentos y hallar motivo para magnificar y bendecir a esta gran Señora y Reina, a quien todas las naciones conozcan y prediquen por bendita entre todas las criaturas y Madre dignísima del Criador y Redentor del mundo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

905. Hija mía, antes que prosigas a declarar otros misterios, quiero que estés capaz del que tenían todas las cosas que ordenó el Altísimo conmigo por respeto de mi santo esposo José. Cuando me desposé con él, me mandó mudase orden en la comida y otras obras exteriores para ajustarme con su modo de proceder, porque era cabeza y yo en lo común era inferior; y esto mismo hizo mi Hijo santísimo siendo Dios verdadero, por

estar sujeto (Lc 2, 51) en lo exterior al que juzgaba el mundo por su padre. Y cuando quedamos solos, muerto mi esposo, que faltó este motivo, volvimos a nuestro orden y gobierno en la comida y otras operaciones, y no quiso Su Majestad que San José se acomodase a nosotros sino nosotros con él, como lo pedía el orden común de mi estado; ni tampoco interpuso Su Majestad milagros, para que él pasase sin el orden y alimento que acostumbraba, porque en todo procedía como maestro de las virtudes, para enseñar a todos lo más perfecto: a los padres y a los hijos, ya los prelados y superiores y superiores, súbditos e inferiores. A los padres, que amen a sus hijos, les ayuden, sustenten, amonesten, corrijan y encaminen a la salvación sin remisión ni descuido. A los hijos, que amen, estimen y honren a sus padres como instrumentos de su vida y ser, los obedezcan diligentes, guardando todos la ley natural y divina, que se lo enseña ella misma y lo contrario es monstruo muy feo y horrendo. Los prelados y superiores han de amar a los súbditos y mandarles como a hijos; y éstos han de obedecer sin resistencia, aunque sean de otras condiciones y calidades mejores que los prelados, porque en la dignidad que representa a Dios siempre el prelado es mayor, pero la caridad verdadera los ha de hacer una misma cosa a todos.

906. Y para que alcances esta gran virtud, quiero que te acomodes y ajustes a tus hermanas y súbditas, sin ceremonias ni ademanes imperfectos, sino que trates con ellas con llaneza y sinceridad columbina: ora tú cuando ellas oran y come y trabaja cuando ellas lo hacen y en la recreación las asiste, porque la mayor perfección en las congregaciones se funda en seguir el espíritu común de todas, y si lo hicieres, será gobernada por el Espíritu Santo, que rige las comunidades bien concertadas. Con este orden te puedes adelantar en la abstinencia, comiendo menos que todas, aunque te pongan lo mismo que a ellas, y con disimulación, sin hacerte singular, deja

lo que quisieres por el amor de tu Esposo y mío. Y si no te impidiere alguna grave enfermedad, no dejes ni faltes jamás de las comunidades, cuando la obediencia de los prelados tal vez no te ocupare, y asiste en ellas con especial reverencia y temor, atención y devoción, que allí serás visitada del Señor muchas veces.

907. Quiero asimismo que de este capítulo adviertas la cautela cuidadosa que debes tener en ocultar las obras que pudieras hacer en secreto a mi ejemplo; pues aunque yo no tenía que reparar de hacerlas todas en presencia de mi santo esposo José sin peligro alguno, con todo esto les daba este punto de perfección y de prudencia, que de suyo las hace más loables el recato. Pero éste no es necesario en las obras comunes y obligatorias con que debes dar ejemplo sin ocultar la luz, que el faltar en esto podía ser escándalo y digno de reprehensión. Otras muchas obras que se pueden hacer en secreto y escondidas de los ojos de las criaturas, no se han de exponer livianamente al peligro de la publicidad y ostentación. En este retiro pueden hacer muchas genuflexiones como yo las hacía, y postrada y pegada con la tierra podrás humillarte, adorando a la suprema majestad del Altísimo, para que el cuerpo mortal que agrava al alma (Sab 9, 15) sea ofrecido como en sacrificio aceptable por satisfacer a los movimientos desordenados que ha tenido contra la razón y justicia, y para que en ti no haya cosa alguna que deje de ser ofrecida y dedicada al servicio de tu Criador y Esposo, y con estas operaciones recompense el cuerpo en algún modo lo mucho que impidió y hace perder al alma con sus pasiones y defectos terrenos.

908. Con este intento procura siempre tenerle muy sujeto, y que los beneficios que se le hacen sólo sirvan de sustentarle en servidumbre del alma y no para que se deleite en sus antojos y apetitos. Mortifícale y

quebrántale muriendo a todo lo que es deleitable al sentido, hasta que las operaciones comunes y necesarias para la vida antes le sean de pena que de gusto, antes de amargura que de peligrosa delectación. Y aunque en otras ocasiones te he hablado y manifestado el valor de esta humillación y mortificación, ahora con mi ejemplo quedarás más enseñada del aprecio que debes hacer de cualquier acto de humildad y mortificación. Y te mando ahora que ninguno desprecies, ni juzgues por pequeño, sino que en tu estimación le has de reputar por un tesoro inestimable, procurando ganarle para ti. Y en esto has de ser codiciosa y avarienta, adelantándote a los oficios serviles de barrer y limpiar la casa y hacer las más inferiores obras de toda ella y servir a las enfermas y necesitadas, como en otras ocasiones te lo he mandado; y en todas me pondrás delante de tus ojos por dechado, para que te sirva de estímulo mi solicitud en esta humildad y de alegría imitarme y confusión el descuido de no hacerlo. Y si en mí fue tan necesaria esta fundamental virtud para hallar gracia y agrado en los ojos del Señor, no habiéndole desagradado ni ofendido desde que tuve ser, y para que su diestra divina me levantara me humillé, ¿cuánto más necesitas tú de pegarte con el polvo y deshacerte en tu ser, que fuiste concebida en pecado y le has ofendido repetidas veces? Humíllate hasta el no ser y reconoce que el que te dio el Altísimo le empleaste mal, con que el ser te ha de servir de más humillación para que halles el tesoro de la gracia.

CAPITULO 18

Continúame otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo santísimo, cuando vivían solos antes de su predicación.

909. Muchos de los ocultos sacramentos y venerables

misterios que intervinieron entre Jesús y María su Madre santísima están reservados para gozo accidental de los predestinados en la vida eterna, como en otros lugares he dicho (Cf. supra n. 57, 536, 694, 712). Y los más altos e inefables sucedieron en los cuatro años que vivieron juntos y solos en su casa después de la dichosa muerte de San José, hasta la predicación del mismo Señor. Imposible es que alguna criatura mortal pueda dignamente penetrar tan profundos secretos, ¿cuánto menos podré yo manifestar lo que de ellos he entendido con mi rudeza? Y en lo que dijere se conocerá la causa de esto. Era el alma de Cristo Señor nuestro espejo clarísimo y sin mácula, donde, como queda dicho (Cf. supra n. 809 y lugares allí citados), su Madre santísima miraba y conocía todos los misterios y sacramentos que disponía el mismo Señor, como cabeza y artífice de la Santa Iglesia y como reparador de todo el linaje humano y maestro de la salud eterna y como Ángel del Gran Consejo, que cumplía y ejecutaba el que desde *ab aeterno* estaba predestinado en el consistorio de la Beatísima Trinidad.

910. En disponer esta obra que le encargó su Eterno Padre para ejecutarla con la suma perfección que pudo darle como hombre que juntamente era Dios verdadero, se ocupó Cristo nuestro bien toda la vida que gastó en el mundo, y procediendo más al término y acercándose a la dispensación de tan alto sacramento, iban también obrando con mayor fuerza y eficacia de su sabiduría y poder. Y de todos estos misterios era testigo y depósito fidelísimo el corazón de nuestra gran Reina y Señora, y en todo cooperaba con su Hijo santísimo, como su coadjutora en las obras de la reparación humana. Y según esto, para entender enteramente la sabiduría de la divina Madre y las obras que con ella hacía en la dispensación de los misterios de la Redención, era necesario entender también lo que encerraba la ciencia de Cristo nuestro Salvador y las

obras de su amor y prudencia, con que iba encaminando los medios oportunos y convenientes para los fines altísimos que pretendía. Y en lo poco que yo dijere de las obras de su Madre santísima, siempre he de suponer las del Hijo santísimo, con quien cooperaba en ellas, imitándole como a su ejemplar y dechado.

911. Estaba ya el Salvador del mundo en edad de veinte y seis años, y como su santísima humanidad procedía en la natural perfección y se llegaba al término, guardaba Su Majestad admirable correspondencia en la demostración de sus mayores obras, como más vecinas a la de nuestra redención. Y todo este sacramento encerró el Evangelista San Lucas en aquellas breves palabras con que cerró el capítulo 2: *Y Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia con Dios y con los hombres (Lc 2, 52)*; entre los cuales su beatísima Madre conocía y cooperaba con estos aumentos y progresos de su Hijo santísimo, sin ocultársele cosa alguna de las que como a pura criatura le pudo comunicar el Señor, que era hombre y Dios. Entre estos divinos y ocultos sacramentos conoció la gran Señora por estos años cómo su Hijo y Dios verdadero del trono de su sabiduría miraba y dilataba su vista, no sólo la increada de la divinidad, sino también la de su alma santísima, sobre todos los mortales, a quienes había de alcanzar la redención en cuanto a la suficiencia, y que consigo mismo confería el valor de la redención, el peso que tenía en la aceptación y aprecio del Eterno Padre y cómo para cerrar las puertas del infierno a los mortales y revocarlos a la eterna vida había descendido del cielo a padecer durísima pasión y muerte; y con todo eso la estulticia y dureza de los que nacerían después de haberse puesto en una cruz por su remedio, haría violencia y fuerza para dilatar las puertas de la muerte y volver a abrir más el infierno, con ciega ignorancia de los que montan aquellos infelicísimos y horribles tormentos.

912. En esta ciencia y ponderación se afligió y sintió grandes congojas la humanidad de Cristo Señor nuestro y llegó a sudar sangre —como otras veces sucedía (Cf. supra n. 695, 848)— y en estos conflictos siempre perseveraba el divino Maestro en las peticiones que hacía por todos aquellos que habían de ser redimidos; y por la obediencia del eterno Padre deseaba con ardentísimo amor ofrecerse en aceptable sacrificio y en rescate de los hombres, porque si no a todos alcanzase la eficacia de sus méritos y sangre, por lo menos quedase satisfecha la justicia divina y recompensaba la ofensa de la divinidad y justificada la equidad y rectitud de la justicia divina para el tiempo del castigo que sobre los incrédulos o ingratos estaba prevenido desde la eternidad. A la vista de tan profundos secretos que la gran Señora conocía, acompañaba a su Hijo santísimo en las congojas y ponderación que con su sabiduría respectivamente hacía, y a esto se juntaba la compasión dolorosa de madre, viendo al fruto de su virginal vientre tan gravemente afligido. Y muchas veces llegó la mansísima paloma a llorar lágrimas de sangre, cuando el Salvador la sudaba, y era traspasada de incomparable dolor; porque sola esta prudentísima Señora y su Hijo, Dios y hombre verdadero, llegaron a ponderar en el peso del santuario ajustadamente lo que monta morir Dios en una cruz para cerrar el infierno, puesto en una balanza, y en la otra el duro y ciego corazón de los mortales, forcejando para meterse en manos de la eterna muerte.

913. Sucedió en estas congojas que la amantísima Madre llegaba a padecer unos deliquios casi mortales, y fuéranlo sin duda si la virtud divina no la confortara para que no muriera. Y el dulcísimo Hijo y Señor en retorno de este fidelísimo amor y compasión mandaba a los Ángeles que la consolasen y tuviesen reclinada, y otras veces que

la hiciesen celestial música con cánticos de alabanza y gloria de la divinidad y humanidad de Su Majestad que ella misma había hecho. Otras veces el mismo Señor la reclinaba en sus brazos y le daba nuevas inteligencias de que no se entendía con ella aquella inicua ley del pecado y de sus efectos. Otras veces, estando así reclinada, le cantaban los mismos Ángeles con admiración y era trasformada y arrebatada en divinos éxtasis, en que recibía grandes y nuevas influencias de la divinidad; aquí era donde la escogida, la única y la perfecta estaba reclinada sobre la siniestra de la humanidad y era regalada y abrazada con la diestra de la divinidad (Cant 2, 6); aquí donde su amantísimo Hijo y Esposo conjuraba y mandaba a las hijas de Jerusalén no despertasen a su querida, mientras ella no quisiese (Cant 3, 5; ib 2, 7), de aquel sueño que le curaba las dolencias y enfermedades de amor; y allí era donde los espíritus soberanos se admiraban de ver que se levantaba sobre todos, estribando en su dilectísimo Hijo (Cant 8, 5) y vestida con esta variedad, a su diestra (Sal 44, 10), la bendecían y magnificaban entre todas las criaturas.

914. Conocía la gran Reina en otras ocasiones altísimos secretos de la predestinación de los electos por los méritos de la redención y cómo estaban escritos en la memoria eterna de su Hijo santísimo y el modo con que Su Majestad les aplicaba sus merecimientos y oraba por ellos para que fuese eficaz el valor de su rescate y cómo el amor y gracia de que se hacían indignos los réprobos se convertía a los predestinados según su disposición. Y entre todos éstos conocía cómo aplicaba el Señor su sabiduría y cuidado a los que había de llamar a su apostolado y séquito y que los iba alistando en su determinación y ciencia ocultísima debajo el estandarte de su cruz para que ellos le llevarsen después por el mundo; y como buen capitán general que dispone las cosas en su mente para alguna conquista o batalla muy

ardua y trabajosa y distribuye los cargos y ministerios de la milicia, eligiendo para ellos los soldados más esforzados e idóneos y conforme a la condición de cada uno y les señala puestos y lugares convenientes, así Cristo nuestro Redentor, para entrar en la conquista del mundo y despojar al demonio de su tiránica posesión, desde la alteza de la persona del Verbo ordenaba la nueva milicia que había de levantar y cómo había de distribuir los oficios, grados y dignidades de sus esforzados capitanes y a dónde les había de señalar puestos, y todas las prevenciones y aparato de esta guerra estaba depositado en su sabiduría y voluntad santísima, todo como lo había de ir obrando.

915. Y todo esto era patente y manifiesto a la prudentísima Madre, y le fueron dadas especies infusas de muchos predestinados, en especial de los Apóstoles y discípulos y de gran número de los que fueron llamados a la primitiva Iglesia y después en el discurso de ella. Y cuando vio a los Apóstoles y a los demás los conocía antes de tratarlos, por el conocimiento sobrenatural que de ellos había tenido en Dios, y como el divino Maestro antes de llamarlos había orado por ellos y pedido su vocación, también la gran Señora hizo la misma oración y petición. De manera que, en los auxilios y favores que recibieron los Apóstoles antes de oír y conocer a su Maestro, para estar dispuestos y prevenidos para recibir la vocación que después había de hacer de ellos al apostolado, en todo tuvo parte la Madre de la gracia. Y como en estos años ya se acercaba la predicación, hacía oración por ellos nuestro Salvador con más instancia y les envió mayores y más fuertes inspiraciones; también las peticiones de la divina Señora fueron más fervorosas y eficaces en su género; y cuando después llegaban a su presencia y entraban en la secuela de su Hijo, así los discípulos como otros, solía decirle: Estos son, Hijo y Señor mío, el fruto de vuestras oraciones y voluntad

santa.—Y hacía cánticos de alabanza y agradecimiento, porque veía cumplido el deseo del Señor y traídos a su escuela los que Su Majestad había elegido del mundo.

916. En la prudente consideración de estas maravillas solía nuestra gran Reina quedar absorta y admirada con incomparables alabanzas y júbilo de su espíritu, y en él hacía heroicos actos de amor y adoraba los secretos juicios del Altísimo, y transformada toda abrasada en aquel fuego que salía de la divinidad para derramarse y encender el mundo solía decir unas veces dentro de su ardentísimo corazón, otras en voz alta y sensible: ¡Oh amor infinito! ¡Oh voluntad de bondad infalible e inmensa! ¿Cómo no te conocen los mortales? ¿Cómo te desprecian y olvidan? ¿Por qué tu fineza ha de ser tan mal pagada? Oh trabajos, penas, suspiros, clamores, deseos y peticiones de mi Amado, todo más estimable que las margaritas, el oro y todos los tesoros del mundo, ¿quién será tan ingrato e infeliz que os quiera despreciar? ¡Oh hijos de Adán, quién muriera por cada uno de vosotros muchas veces, para desengañar vuestra ignorancia, ablandar vuestra dureza y prevenir vuestra desdicha!—Después de tan avisados afectos y oraciones, comunicaba de palabra la feliz Madre con su Hijo todos estos sacramentos y el sumo Rey la consolaba y dilataba el corazón con renovar la memoria de la estimación que tenía en los ojos del Altísimo, la gracia y gloria de los predestinados y sus grandes merecimientos, en comparación de la ingratitud y dureza de los réprobos. Y en especial la informaba del amor que ella misma conocía de Su Majestad y de la Beatísima Trinidad para con la misma Señora y de lo que se complacía de su correspondencia y pureza inmaculada.

917. Otras veces el mismo Señor la informaba de lo que había de hacer en comenzando la predicación y cómo había de cooperar con Su Majestad y ayudarle en todas

las obras y gobierno de la nueva Iglesia, y cómo había de sobrellevar las faltas de los apóstoles, la negación de San Pedro, la incredulidad de Santo Tomás, la alevosía de Judas Iscariotes y otros sucesos que conocía para adelante. Y desde entonces propuso la oficiosa Señora de trabajar mucho para reducir aquel traidor discípulo, y así lo ejecutó, como diré en su lugar (Cf. infra n. 1086, 1089, 1093, 1112). **Y de haber despreciado Judas Iscariotes estos favores, concibiendo alguna impiedad e indevoción con la Madre de la gracia, comenzó su perdición.** De tantos misterios y sacramentos quedó informada la divina Señora por su Hijo santísimo y tanta fue la grandeza de la sabiduría y ciencia divina que en ella depositó, que todo encarecimiento es limitado, porque sólo pudo excederla la ciencia del mismo Señor y ella excedió a todos los serafines y querubines. Pero si nuestro Salvador Jesús y su Madre santísima emplearon todos estos dones de ciencia y gracia en beneficio de los mortales, y si un solo suspiro de Cristo nuestro Señor era de inestimable precio para todas las criaturas, y aunque los de su digna Madre no tenían tanto valor porque eran de pura criatura y menor excelencia, pero valían en la aceptación del Señor más que todo el resto de la naturaleza criada; multipliquemos ahora la suma de lo que hicieron Hijo y Madre por nosotros, no sólo en morir en una cruz nuestro Salvador después de tan inauditos tormentos, sino las peticiones, lágrimas, sudor de sangre tantas veces, y que en todo y lo demás que ignoramos fue su coadjutora y cooperadora la Madre de misericordia, y todo para nosotros. ¡Oh ingratitud humana! ¡Oh dureza más que diamantina en corazones de carne! ¿Dónde está nuestro seso?, ¿dónde la razón?, ¿dónde la misma compasión y agradecimiento de la naturaleza, que inficionada e infecta se mueve de los objetos sensibles a lástima y estimación de lo que es su precipicio y muerte eterna y olvida el mayor favor de la redención y la compasión y dolor de la pasión del Señor, que con ella le ofrece la

vida y descanso que ha de durar para siempre?

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

918. Hija mía, verdad es que, cuando tú o todos los mortales hablaran con lenguas de ángeles, no llegaran a declarar los beneficios y favores que yo recibí de la diestra del Altísimo en los últimos años que mi Hijo santísimo estuvo conmigo. Estas obras del Señor tienen un linaje de incomprendibilidad que para ti y para todos los mortales son inefables, pero con la noticia especial que tú has recibido de tan ocultos sacramentos quiero que alabes y bendigas al Todopoderoso por lo que hizo conmigo y porque así me levantó del polvo a dignidad y favores tan inefables. Y aunque tu amor con mi Hijo y Señor ha de ser libre, como de hija fidelísima y esposa muy amorosa y no de esclava interesada y violenta, con todo quiero, para aliento de la humana flaqueza y de la esperanza, que tengas memoria de la suavidad del amor divino y cuan dulce es este Señor (Sal 33, 9) para los que con amor filial le temen. Oh hija mía carísima, si no impidieran los pecados de los hombres y si no resistieran a la inclinación de aquella infinita bondad, icómo gustaran de sus delicias y favores sin medida! A tu modo de entender, le debes imaginar como violento y contristado de que se opongan los mortales a este deseo de inmensa ponderación, y de tal manera lo hacen que no sólo se acostumbran a ser indignos de gustar del Señor, sino a no creer que otros participan de esta suavidad y favores que quisiera comunicar a todos.

919. Advierte, asimismo, que seas agradecida a los trabajos y a las incesantes obras que hizo mí Hijo santísimo por los hombres y a lo que en ellas yo le acompañé, como se te ha mostrado. De su pasión y muerte tienen los católicos más memoria, porque se la representa la Santa Iglesia, aunque pocos se acuerdan de ser agradecidos; pero menos son los que advierten en

las demás obras de mi Hijo y mías y que no perdió Su Majestad una hora ni un momento en que no emplease su gracia y dones en beneficio del linaje humano, para rescatarlos a todos de la eterna condenación y hacerlos partícipes de su gloria. Estas obras de mi Señor y Dios humanado serán testigos contra el olvido y dureza de los fieles, en especial el día del juicio. Y si tú, que tienes esta luz y doctrina del Altísimo y mi enseñanza, no fueres agradecida, será mayor tu confusión, pues habrá sido más pesada tu culpa, y no sólo has de corresponder a tantos beneficios generales, sino también a los especiales y particulares que cada día reconoces. Prevénte desde luego este peligro y corresponde como hija mía y discípula de mi enseñanza y no dilates un punto el obrar bien y lo mejor, cuando puedes hacerlo, y para todo atiende a la luz interior y a la doctrina de tus prelados y ministros del Señor; que si respondes a unos favores y beneficios, está segura que alargará el Altísimo su mano poderosa con otros mayores y te llenará de sus riquezas y tesoros.

CAPITULO 19

Dispone Cristo Señor nuestro su predicación dando alguna noticia de la venida del Mesías, asistiéndole su Madre santísima, y comienza a turbarse el infierno.

920. El incendio de la divina caridad que ardía en el pecho de nuestro Redentor y Maestro estaba como encerrado y violento hasta el tiempo destinado y oportuno en que se había de manifestar o quebrantando la hidria y vaso de su humanidad santísima o desabrochando el pecho por medio de la predicación y milagros patentes a los hombres. Y aunque es verdad que el fuego en el pecho no se puede esconder, como dice Salomón (Prov 6, 27), sin que se abrasen los vestidos, y así manifestó siempre nuestro Salvador el que tenía en su

corazón porque salían de él algunas centellas y luces en todas las obras que hizo desde el punto de su Encarnación, pero en comparación de lo que a su tiempo había de obrar y de la inmensa llama que ocultaba siempre estaba como encerrado y disimulado. Había llegado ya su Majestad a la edad de perfecta adolescencia, y tocando en los veinte y siete años parece que, a nuestro modo de entender, ya no se podía resistir tanto, ni detener en el ímpetu de su amor y el deseo de adelantarse en la obediencia de su Eterno Padre en santificar a los hombres. Afligíase mucho, oraba, ayunaba y salía más a los pueblos y a comunicar con los mortales, y muchas veces pasaba las noches en los montes en oración y solía detenerse dos y tres días fuera de su casa sin volver a su Madre santísima.

921. La prudentísima Señora, que ya en estas salidas y ausencias de su Hijo santísimo comenzaba a sentir sus trabajos y penas que se iban acercando, era traspasada su alma y corazón del cuchillo que prevenía su piadoso y devoto afecto y convertíase toda en incendio divino y enardecida en actos tiernos y amorosos de su Amado. Asistíanla en estas ausencias del Hijo sus vasallos y cortesanos los Santos Ángeles en forma visible, y la gran Señora les proponía su dolor y les pedía fuesen a su Hijo y Señor y le trajesen nuevas de sus ocupaciones y ejercicios. Obedecíanla los Ángeles como a su Reina y con las noticias que le daban frecuentemente acompañaba desde su retiro al sumo Rey Cristo en las oraciones, peticiones y ejercicios que hacía. Y cuando volvía Su Majestad, le recibía postrada en tierra y le adoraba y daba gracias por los beneficios que con los pecadores había derramado. Servíale, y como madre amorosa procuraba aliviarle y prevenirle algún pobre regalo, de que la humanidad santísima necesitaba como verdadera y pasible, porque sucedía haber pasado dos o tres días sin descanso, sin comer y sin dormir. Conocía

luego la beatísima Madre los cuidados del Salvador por el modo que ya he dicho (Cf. supra n. 911, 914, 915), y Su Majestad la informaba de ellos y de las obras que disponía y de los ocultos beneficios que a muchas almas había comunicado, dándoles conocimiento y luz de la divinidad y de la redención humana.

922. Con esta noticia la gran Reina habló a su Hijo santísimo y le dijo: Señor mío, verdadero y sumo bien de las almas: veo ya, lumbre de mis ojos, que vuestro ardentísimo amor que tenéis de los hombres no descansa ni sosiega sin emplearse en procurarles su salvación eterna; éste es el oficio propio de vuestra caridad y la obra que os encargó vuestro Padre Eterno. Y vuestras palabras y obras de inestimable valor es forzoso que lleven tras de sí los corazones de muchos, pero ¡oh dulcísimo amor mío! yo deseo que lo hicieran todos y correspondieran los mortales a vuestra solicitud y fineza de caridad. Aquí está, Señor, vuestra esclava, preparado el corazón para emplearse todo en vuestro mayor agrado y ofrecer la vida, si fuere necesaria, para que en todas las criaturas se consigan los deseos de vuestro ardentísimo amor, que todo se emplea en traerlas a vuestra gracia y amistad.—Este ofrecimiento hizo la Madre de Misericordia a su Hijo santísimo, movida de la fuerza de su inflamada caridad que la obligaba a procurar y desear el fruto de las obras y doctrina de nuestro verdadero Reparador y Maestro, y como la prudentísima Señora las pesaba dignamente y conocía su valor, no quisiera que se malograsen en ninguna de las almas, ni tampoco quedaran sin el agradecimiento que merecían. Y con esta inefable caridad deseaba ayudar al Señor, o por decir mejor a los hombres, que habían de oír sus divinas palabras y ser testigos de sus obras, para que correspondiesen a este beneficio y no perdiesen la ocasión de su remedio. Deseaba también, como en hecho de verdad lo hacía, rendir dignas gracias al Señor y

alabanza por las maravillosas obras que hacía en beneficiar las almas, para que todas estas misericordias fuesen reconocidas y agradecidas, así las que eran eficaces como las que por culpa de los hombres no lo eran. Y en este género de merecimientos fueron tan ocultos como admirables los que alcanzó nuestra gran Señora, porque en todas las obras de Cristo Señor nuestro tuvo ella un linaje de participación altísima, no sólo de parte de la causa con quien concurría cooperando su caridad, sino también de parte de los efectos, porque con cada una de las almas obraba la gran Señora como si en algún modo ella recibiera el beneficio. Y de esto hablaré más en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 111, 168).

923. Al ofrecimiento de la amorosa Madre respondió su Hijo santísimo: Madre y amiga mía, ya se llega el tiempo en que me conviene, conforme a la voluntad de mi Eterno Padre, comenzar a disponer algunos corazones para que reciban la luz de mi doctrina y tengan noticia de haber llegado el tiempo señalado y oportuno de la salvación humana. En esta obra quiero que me acompañéis siguiéndome; y pedid a mi Padre encamine con su divina luz los corazones de los mortales y despierte sus interiores para que con intención recta admitan la ciencia que les daré ahora de la venida de su Reparador y Maestro al mundo.—Con esta exhortación de Cristo nuestro Señor se dispuso la beatísima Madre a seguirle y acompañarle, como lo deseaba, en sus jornadas. Y desde aquel día, casi en todas las salidas que hizo el divino Maestro, le acompañó la Madre cuando salía fuera de Nazaret.

924. Comenzó el Señor esta obra con más frecuencia tres años antes de empezar la predicación y recibir y ordenar el bautismo, y en compañía de nuestra gran Reina hizo muchas salidas y jornadas por los lugares de

la comarca de Nazaret y hacia la parte del tribu de Neftalí, conforme a la profecía de Isaías (Is 9, 1), y en otras partes. Y conversando con los hombres comenzó a darles noticia de la venida del Mesías, asegurándoles estaba ya en el mundo y en el reino de Israel. Esta nueva luz daba el Redentor a los mortales, sin manifestar que él era a quien esperaban; porque el primer testimonio de que era Hijo del eterno Padre fue el que dio el mismo Padre públicamente cuando dijo en el Jordán: *Este es mi Hijo amado, de quien o en quien tengo yo mi agrado* (Mt 3, 17). Pero sin manifestar el mismo Unigénito humanado su dignidad en particular, comenzó a dar noticia de ella en general por modo de relación de que lo sabía con certeza; y sin hacer milagros públicos ni otras demostraciones, ocultamente acompañaba esta enseñanza y testimonios con interiores inspiraciones y auxilios que derramaba en los corazones de los que conservaba y trataba; y así prevenía y disponía con esta fe común, para que después con más facilidad la recibiesen en particular.

925. Introducíase con los hombres que con su divina sabiduría conocía idóneos, capaces y aparejados, o menos ineptos para admitir la semilla de la verdad, y a los más ignorantes acordaba y representaba las señales que todos habían sabido de la venida del Mesías en la venida de los Santos Reyes orientales y la muerte de los Niños Inocentes, y otras cosas semejantes. A los más sabios añadía los testimonios de las profecías que ya eran cumplidas, declarándoles esta verdad como su único y singular Maestro, y de todo comprobaba estaba ya el Mesías en Israel y les manifestaba el reino de Dios y el camino para llegar a él. Y como en su divina persona se veía tanta hermosura, gracia, apacibilidad, mansedumbre y suavidad de palabras, y éstas eran a lo disimulado tan vivas y eficaces, y a todo acompañaba la virtud de sus auxilios secretos, era grande el fruto que

resultaba de este admirable modo de enseñar, porque muchas almas salían de pecado, otras mejoraban la vida y todas estas y muchas quedaban capaces y catequizadas de grandes misterios y en especial de que ya estaba en su reino el Mesías que esperaban.

926. A estas obras de misericordia grande añadía el divino Maestro otras muchas; porque consolaba a los tristes, aliviaba a los oprimidos, visitaba a los enfermos y afligidos, animaba a los pusilánimes, daba consejos de vida saludable a los ignorantes, asistía a los que estaban en la agonía de la muerte, a muchos daba salud ocultamente en el cuerpo y remediaba grandes necesidades, y a todos los encaminaba por las sendas de la vida y de la paz verdadera. Y cuantos llegaban a él, o le oían con ánimo piadoso y sin pertinacia, eran llenos de luz y dones de la poderosa diestra de su divinidad; y no es posible reducir a número ni estimación digna las admirables obras que hizo el Redentor en estos tres años antes de su bautismo y predicación pública, y todas eran por ocultísimo modo, de manera que sin manifestarse por autor de la salvación, la comunicó y dio a grandísimo número de almas. Pero en casi todas estas maravillas estaba presente la gran Señora María santísima, como testigo y coadjutora fidelísima del Maestro de la vida, y como todo le era patente a todo cooperaba y lo agradecía en nombre de las mismas criaturas beneficiadas de la divina misericordia. Hacía cánticos de alabanza al Todopoderoso, pedía por las almas, como quien conocía el interior de todas y sus dolencias, y con sus oraciones y peticiones les granjeaba estos beneficios y favores. Y también por sí misma exhortaba, aconsejaba y atraía a muchos a la doctrina de su Hijo y les daba noticia de la venida del Mesías; aunque estas exhortaciones y enseñanza la hacía más entre las mujeres que entre los varones y con ellas ejercitaba las mismas obras de misericordia que su Hijo

santísimo hacía con ellos.

927. Pocas personas acompañaban y seguían al Salvador y a su Madre santísima en estos primeros años, porque no era tiempo de llamarlos a la escuela de su doctrina, y así los dejaba en sus casas informados con la divina luz y mejorados en ella. Pero la compañía ordinaria de Sus Majestades eran los Santos Ángeles, que los servían como fidelísimos vasallos y diligentes ministros; y aunque en estas jornadas volvían muchas veces Jesús y María a Nazaret a su casa, pero en los días que andaban fuera tuvieron mayor necesidad del ministerio de los cortesanos del cielo, porque algunas noches las pasaban al sereno en el campo con continua oración, y entonces los servían los Ángeles como de abrigo y tienda para defenderlos en parte de las inclemencias del tiempo y tal vez les traían algo de alimento que comiesen; otras, lo pedían de limosna el mismo Señor y su Madre santísima, **y sólo recibían en propia especie la comida y no en dinero ni otra especial dádiva o limosna.** Y cuando se dividían por algún tiempo para acudir el Señor a visitar los hospitales y la Reina a otras enfermas, siempre la acompañaban innumerables Ángeles en forma visible, y por su medio hacían algunas obras de piedad, y ellos la daban noticia de las que obraba su Hijo santísimo; y no me detengo en referir las particulares maravillas que hacían, los trabajos y descomodidades que padecieron en caminos, posadas y en las ocasiones que buscaba el común enemigo para impedir aquellas obras; basta saber que el Maestro de la vida y su Madre santísima eran pobres y peregrinos y eligieron el camino del padecer, sin rehusar trabajo alguno por nuestra salvación.

928. A todo género de personas comunicaban el divino Maestro y su Madre santísima esta luz de su venida al mundo por el modo disimulado que he dicho (Cf supra n.

924); pero los pobres fueron en este beneficio más privilegiados y evangelizados (Lc 7, 22), porque ellos de ordinario están más dispuestos, como quien tiene menos pecados y mayores luces por estar los entendimientos despejados y libres de afanes para recibirlas y admitir la doctrina. Son asimismo más humildes y aplicados al rendimiento de la voluntad y discurso y a otras obras honestas y virtuosas; y como en estos tres años no usaba Cristo Señor nuestro del magisterio público y doctrina, ni enseñaba con potestad manifiesta y con la confirmación de los milagros, allegábase más a los humildes y pobres, que con menos fuerza de enseñanza se reducen a la verdad. Pero con todo eso la antigua serpiente estuvo muy atenta a muchas obras de las que hacían Jesús y María santísimos, porque no todas le fueron ocultas, aunque sí el poder con que las hicieron. Reconoció que con sus palabras y exhortaciones muchos pecadores se reducían a penitencia, enmendaban sus vidas y salían de su tiránico dominio, otros es mejoraban mucho en la virtud y en todos cuantos oían a los Maestros de la vida reconocía el común enemigo gran mudanza y novedad.

929. Y lo que más le alteró fue lo que sucedía con muchos que a la hora de la muerte intentaba derribar y no podía; antes bien, como esta bestia —iqué cruel y sagaz!— acomete en aquella última hora con mayor saña a las almas, sucedía muchas veces que si el dragón cruento había llegado al enfermo y después entraban Cristo nuestro Señor o su Madre santísima, sentía el demonio una virtud poderosa que le arrojaba con todos sus ministros hasta el profundo de las cavernas eternas, y si primero habían llegado adonde estaba el enfermo los Reyes del Cielo Jesús y María, no podían los demonios acercarse al aposento, ni tenían parte en el que así moría con esta ayuda. Y como este dragón sentía la virtud divina e ignoraba la causa, concibió furiosa alteración y rabia y trató de poner remedio en este daño

que sentía; y sobre todo esto sucedió lo que diremos en el capítulo siguiente, por no alargarme más en éste.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

930. Hija mía, con la inteligencia que te doy de las obras misteriosas de mi Hijo santísimo y mías, te veo admirada porque, siendo tan poderosas para reducir los corazones de los mortales, hayan estado muchas de ellas ocultas hasta ahora. Pero tu admiración no ha de ser de la que los hombres ignoran de estos misterios, sino que habiendo conocido tantos de la vida y obras de mi Señor y suyo los tengo tan olvidados y despreciados. Si no fueran de pesados corazones, si atendieran con afecto a las verdades divinas, poderosos motivos tienen en la vida de mi Hijo y mía con lo que de ella saben para ser agradecidos. Por los artículos de la santa fe católica y por tantas verdades divinas como les enseña y propone la Iglesia Santa, se pudieran reducir muchos mundos; pues por ellas conocen que el Unigénito del eterno Padre se vistió de la forma de siervo en carne mortal para redimirnos con afrentosa muerte de cruz y les adquirió la vida eterna, dando la suya temporal, y revocándolos de la muerte del infierno. Y si este beneficio se tomara a peso, y los mortales no fueran tan ingratos con su Dios y Reparador y tan crueles consigo mismos, ninguno perdiera la ocasión de su remedio, ni se entregara a la condenación eterna; pues admírate, carísima, y llora con llanto irreparable la perdición formidable de tantos necios e ingratos y olvidados de Dios, de lo que le deben y de sí mismos.

931. **Otras veces te he dicho (Cf. supra n. 883) que el número de estos infelices prescitos es tan grande y el de los que se salvan tan pequeño, que no es conveniente declararle más en particular, porque si lo entendieras y eres hija verdadera de la Iglesia y esposa de Cristo mi**

Hijo y Señor, habías de morir con el dolor de tal desdicha; pero lo que puedes saber es que **toda esta perdición y los daños que padece el pueblo cristiano en el gobierno y en otras cosas que le afligen, así en las cabezas como en los miembros de este cuerpo místico de los eclesiásticos como de los seglares, todo se origina y redundan del olvido y desprecio que tienen de la vida de Cristo y de las obras de la redención humana.** Y si en esto se tomara algún medio para despertar su memoria y agradecimiento y procedieran como hijos fieles y reconocidos a su Hacedor y Reparador y a mí que soy su intercesora, se aplacara la indignación del justo Juez y tuviera algún remedio la general ruina, azote de los católicos, **y se aplacara el Eterno Padre, que justamente vuelve por la honra de su Hijo y castiga con más rigor a los siervos que saben la voluntad de su Señor y no la cumplen.**

932. Encarecen mucho los fieles en la Iglesia Santa el pecado de los judíos incrédulos en quitar la vida a su Dios y Maestro, y es así que fue gravísimo y mereció los castigos de aquel ingrato pueblo; **pero no advierten los católicos que sus pecados tienen otras condiciones en que exceden a los que cometieron los judíos,** pues aunque su ignorancia fue culpable al fin la tuvieron de la verdad, y entonces el Señor se les entregó de [o a su propia] voluntad, permitiendo que obrasen las tinieblas y su potestad (Lc 22, 53), en que por sus culpas estaban los judíos oprimidos; pero hoy los católicos no tienen esta ignorancia, antes están en medio de la luz y con ella conocen y penetran los misterios divinos de la Encarnación y Redención, y la Santa Iglesia está fundada, amplificada e ilustrada con maravillas, con Santos, con las Escrituras, y conoce y confiesa las verdades que los otros no alcanzaron, y con todo este cúmulo de favores, beneficios, ciencia y luz, viven muchos como infieles o como si no tuvieran a los ojos tantos motivos que los

despierten y obliguen y tantos castigos que los atemoricen. ¿Pues cómo pueden con estas condiciones imaginar que otros pecados han sido mayores y más graves que los suyos? ¿Y cómo no temen que su castigo será más lamentable? Oh hija mía, pondera mucho esta doctrina y teme con temor santo; humíllate hasta el polvo y reconóctete por la inferior de las criaturas delante el Altísimo; mira las obras de tu Redentor y Maestro, encamínalas y aplícalas a tu justificación con dolor y penitencia de tus culpas; imítame y sigue mis caminos como en la divina luz los conoces. Y no sólo quiero que trabajes para ti sola, sino también para tus hermanos; y esto ha de ser pidiendo y padeciendo por ellos y amonestando con caridad a los que pudieres, supliendo con ella lo que no te hubieren obligado; y procura mostrarte más en solicitar el bien de quien te ofendiere, sufriendo a todos, humillándote hasta los más ínfimos, y a los necesitados en la hora de la muerte, como tienes orden de hacerlo (Cf. supra n. 884, 885), sé solícita en ayudarles con fervorosa caridad y firme confianza.

CAPITULO 20

Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima.

933. No estaba el tiránico imperio de Lucifer en el mundo tan pacífico, después que se obró en él la Encarnación del Verbo divino, como en los siglos pasados había estado, porque, desde la hora que descendió del cielo el Hijo del Eterno Padre y tomó carne en el tálamo virginal de María santísima, sintió este fuerte armado otra mayor fuerza de causa más poderosa (Lc 11, 21) que le oprimía y aterraba, como queda dicho en su lugar (Cf. supra n. 130); y después sintió la misma cuando el infante Jesús y su Madre entraron en Egipto, como también he referido

(Cf. supra n. 643); y en otras muchas ocasiones fue oprimido y vencido este Dragón con la virtud divina por mano de nuestra gran Reina. Y juntándose a estos sucesos la novedad que sintió con las obras que comenzó a ejecutar nuestro Salvador, que en el capítulo pasado se han referido, todo junto vino a engendrar en esta antigua serpiente grandes sospechas y recelos de haber alguna otra causa grande en el mundo. Pero como para él era tan oculto este sacramento de la redención humana, andaba alucinado en su furor, sin atinar con la verdad, no obstante que desde su caída del cielo estuvo siempre sobresaltado y vigilante para rastrear cuándo y cómo bajaba el Verbo Eterno a tomar carne humana, porque esta obra maravillosa era la que más temía su arrogancia y soberbia. Y este cuidado le obligó a juntar tantos consejos como en esta Historia he referido (Cf. supra n. 322, 502, 649) y los que adelante diré (Cf. infra n. 1067, 1128).

934. Hallándose, pues, lleno de confusión este enemigo con lo que le sucedía a él y a sus ministros con Jesús y María, confirió consigo mismo en qué virtud le arrojaban y oprimían cuando intentaba llegar a pervertir a los que estaban agonizando o vecinos a la muerte y lo demás que sucedía con la asistencia de la Reina del cielo, y como no pudo investigar el secreto determinó consultar a sus mayores ministros de las tinieblas, que en astucia y malicia eran más eminentes. Dio un bramido o voz muy tremenda en el infierno, al modo que entre los demonios se entienden, y con ella los convocó a todos, por la subordinación que con él tienen; y estando todos juntos les hizo un razonamiento y les dijo: Ministros y compañeros míos, que siempre habéis seguido mi justa parcialidad, bien sabéis que en el primer estado que nos puso el Criador de todas las cosas le reconocimos por causa universal de todo nuestro ser y así le respetamos; pero luego que en agravio de nuestra hermosura y

eminencia, que tiene tanta deidad, nos puso precepto que adorásemos y sirviésemos a la persona del Verbo en la forma humana que quería tomar, resistimos a su voluntad, porque no obstante que yo conociese le debía esta reverencia como a Dios, pero siendo juntamente hombre de naturaleza vil y tan inferior a la mía, no pude sufrir la sujeción a él y que no se hiciese conmigo lo que se determinaba hacer con aquel hombre. Y no sólo nos mandó adorarle a él, pero también reconocer por superiora a una mujer, que había de ser pura criatura terrena, por Madre suya. Estos agravios tan injuriosos reconocí yo y vosotros conmigo, y nos opusimos a ellos y determinamos resistir a esta obediencia y por ello fuimos castigados con el infeliz estado y penas que padecemos. Pero aunque estas verdades las conocemos y con terror las confesamos aquí entre nosotros (Sant 2, 19), no conviene hacerlo delante de los hombres, y así os lo mando, para que no puedan conocer nuestra ignorancia y flaqueza.

935. Pero si este hombre y Dios que ha de ser y su Madre han de causar nuestra ruina, claro está que su venida al mundo ha de ser nuestro mayor tormento y despecho, y que por esto he de trabajar con todo mi poder para impedirlo y destruirlos, aunque sea pervirtiendo y trasegando todo el orbe de la tierra. Hasta ahora ya conocéis cuan invencibles han sido mis fuerzas, pues tanta parte del mundo obedece mi imperio y le tengo sujeto a mi voluntad y astucia; pero de algunos años a esta parte os he visto en muchas ocasiones oprimidos, arrojados y algo debilitados y vuestras fuerzas enflaquecidas y yo siento una potencia superior que parece me ata y me acobarda. He discurrido por todo el mundo algunas veces con vosotros, procurando saber si en él hay alguna novedad a que atribuir esta pérdida y opresión que sentimos y si acaso está en él este Mesías prometido al pueblo escogido de Dios; y no sólo no le

hallamos en toda la tierra, pero no descubrimos indicios ciertos de su venida y de la ostentación y ruido que hará entre los hombres. Con todo eso me recelo que ya se acercan los tiempos de venir del cielo a la tierra; y así conviene que todos nos esforcemos con grande saña para destruirle a él y a la mujer que escogiere por su Madre, y a quien más en esto trabajare le daré mayor premio de agradecimiento. Hasta ahora en todos los hombres hallo culpas y efectos de ellas y ninguno descubre la majestad y grandeza que traerá el Verbo humanado para manifestarse a los hombres y obligará a todos los mortales que le adoren y ofrezcan sacrificios y reverencia. Y ésta será la señal infalible de su venida al mundo, en que reconoceremos su persona y en que no le tocará la culpa ni los efectos que causan los pecados en los mortales hijos de Adán.

936. Por estas razones —prosiguió Lucifer— es mayor mi confusión; porque si no ha bajado al mundo el Verbo Eterno, no puedo alcanzar la causa de estas novedades que sentimos, ni conozco de quién sale esta virtud y fuerza que nos quebranta. ¿Quién nos desterró y arrojó de todo Egipto? ¿Quién derribó aquellos templos y arruinó a los ídolos de aquella tierra donde estábamos adorados de sus moradores? ¿Quién ahora nos oprime en tierra de Galilea y sus confines y nos impide que no lleguemos a pervertir muchos hombres a la hora de su muerte? ¿Quién levanta del pecado a tantos como se salen de nuestra jurisdicción y hace que otros mejoren sus vidas y traten del reino de Dios? Si este daño persevera para nosotros, gran ruina y tormento se nos puede seguir de esta causa que no alcanzamos. Necesario es atajarle y reconocer de nuevo si en el mundo hay algún gran Profeta o Santo que nos comienza a destruir; pero yo no he descubierto alguno a quien atribuir tanta virtud; sólo con aquella mujer nuestra enemiga tengo un mortal odio, y más después que la

persequimos en el templo y después en su casa de Nazaret, porque siempre hemos quedado vencidos y aterrados de la virtud que la guarnece y con ella nos ha resistido invencible y superior a nuestra malicia y jamás he podido rastrear su interior ni tocarla en su persona. Esta tiene un hijo, y los dos asistieron a la muerte de su padre y no pudimos todos nosotros llegar adonde estaban. Gente pobre es y desechada y ella es una mujercilla escondida y desvalida, pero sin duda presumo que hijo y madre son justos, porque siempre he procurado inclinarlos a los vicios comunes a los hombres y jamás he podido conseguir de ellos el menor desorden ni movimiento vicioso, que en todos los demás son tan ordinarios y naturales. Y conozco que el poderoso Dios me oculta el estado de estas dos almas, y el haberme celado si son justas o pecadoras, sin duda tiene algún misterio oculto contra nosotros; y aunque también en algunas ocasiones nos ha sucedido con otras almas escondérsenos el estado que tienen, pero han sido muy raras y no tanto como ahora; y cuando este hombre no sea el Mesías prometido, por lo menos serán justos y enemigos nuestros y esto basta para que los persigamos y procuremos derribar y descubrir quiénes son. Seguidme todos en esta empresa con grande esfuerzo, que yo seré el primero contra ellos.

937. Con esta exhortación remató Lucifer su largo razonamiento, en que propuso a los demonios otras muchas razones y consejos de maldad que no es necesario referir, pues en esta Historia trataré más de estos secretos, sobre lo que dejo dicho, para conocer la astucia de la venenosa serpiente. Salió luego del infierno este príncipe de las tinieblas siguiéndole innumerables legiones de demonios, y derramándose por todo el mundo le rodearon muchas veces discurriendo por él e inquiriendo con su malicia y astucia los justos que había y tentando los que conocieron y provocándolos a ellos y a

otros a maldades fraguadas en la malicia de estos enemigos; pero la sabiduría de Cristo Señor nuestro ocultó su persona y la de su Madre santísima muchos días de la soberbia de Lucifer y no permitió que las vieses ni conociesen, hasta que Su Majestad fue al desierto, donde disponía y quería ser tentado después de su largo ayuno, y entonces le tentó Lucifer, como diré adelante en su lugar (Cf. infra n. 995).

938. Y cuando en el infierno se congregó este conciliábulo, como todo era patente a Cristo nuestro divino Maestro, hizo Su Majestad especial oración al Padre eterno contra la malicia del dragón; y en esta ocasión, entre otras peticiones, rogó y pidió diciendo: **Eterno Dios altísimo y Padre mío, yo te adoro y engrandezco tu ser infinito e inmutable y te confieso por inmenso y sumo bien, a cuya divina voluntad me ofrezco en sacrificio para vencer y quebrantar las fuerzas infernales y sus consejos de maldad contra mis criaturas; yo pelearé por ellas contra mis enemigos y suyos y con mis obras y victorias del dragón les dejaré esfuerzo y ejemplo de lo que contra él han de obrar, y su malicia quedará más débil para ofender a los que me sirvieren de corazón. Defiende, Padre mío, a las almas de los engaños y crueldad antigua de la serpiente y sus secuaces y concede a los justos la virtud poderosa de tu diestra, para que por mi intercesión y muerte alcancen victoria de sus tentaciones y peligros.— Nuestra gran Reina y Señora tuvo al mismo tiempo conocimiento de la maldad y consejos de Lucifer y vio en su Hijo santísimo todo lo que pasaba y la oración que hacía, y como coadjutora de estos triunfos hizo la mismo oración y peticiones con su Hijo al Eterno Padre. Concedióla el Altísimo, y en esta ocasión alcanzaron Jesús y María dulcísimos grandes auxilios y premios que prometió el Padre para los que pelearan contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y de María; de suerte que**

el que los pronunciaré con reverencia y fe oprimirá a los enemigos infernales y los ahuyentará y arrojará de sí en virtud de la oración y de las victorias y triunfos que alcanzaron Jesucristo nuestro Salvador y su Madre santísima. Y de la protección que nos ofrecieron y dejaron contra este soberbio gigante y con este remedio y tantos como acrecentó este Señor en su Santa Iglesia, ninguna excusa tenemos si no peleamos legítima y esforzadamente, venciendo al demonio, como enemigo de Dios eterno y nuestro, siguiendo a nuestro Salvador e imitando su ejemplar vencimiento respectivamente.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

939. Hija mía, llora siempre con amargura de dolor la dura pertinacia y ceguedad de los mortales, para entender y conocer la protección amorosa que tienen en mi Hijo dulcísimo y en mí para todos sus trabajos y necesidades. No perdonó mi Señor diligencia alguna, no perdió ocasión en que pudiera granjearles tesoros inestimables, que dejase de hacerlo; congrególes el valor infinito de sus merecimientos en la Santa Iglesia, el esencial fruto de sus dolores y muerte; dejóles las seguras prendas de su amor y de su gloria, fáciles y eficacísimos instrumentos para que todos estos bienes los gozasen y aplicasen a su utilidad y salvación eterna. Ofréceles sobre esto su protección y mía, ámalos como a hijos, acarícialos como a sus queridos y amigos, llámalos con inspiraciones, convídalos con beneficios y riquezas verdaderas, espéralos como padre piadosísimo, búscalos como pastor, ayúdalos como poderoso, premíalos como infinito en riquezas, los gobierna como poderoso rey; y todos estos y otros innumerables favores que les enseña la fe, se los propone la Iglesia y los tienen a la vista; todos los olvidan y desprecian y como ciegos aman las tinieblas y se entregan al furor y saña que has conocido de tan crueles enemigos; escuchan sus fabulaciones,

obedecen a su maldad, dan crédito a sus engaños y se fían y entregan a la insaciable y ardiente indignación con que los aborrece y procura su eterna muerte porque son hechuras del Altísimo, que venció y quebrantó a este cruelísimo dragón.

940. Atiende, pues, carísima, a este lamentable error de los hijos de los hombres y desembaraza tus potencias, para que ponderes la diferencia de Cristo y de Belial. Mayor es la distancia que del cielo a la tierra: Cristo es luz, verdad, camino y vida eterna (Jn 14, 6), y a los que le siguen los ama con amor indefectible y les ofrece su misma vista y compañía, y en ella eterno descanso que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo venir en corazón humano (1 Cor 2, 9); Lucifer es la misma tiniebla, error, engaño, infelicidad y muerte, y a sus seguidores aborrece y compele a todo mal, cuanto puede, y el fin será ardores sempiternos y penas crueles. Digan ahora los mortales si ignoran estas verdades en la Iglesia Santa, que cada día se les enseña y propone; y si les dan crédito y las confiesan, ¿dónde está el juicio?, ¿quién los ha dementado?, ¿quién los olvida del mismo amor que se tienen a sí mismos?, ¿quién los hace tan crueles consigo propios? **iOh insania nunca bastantemente ponderada ni llorada de los hijos de Adán! iQue así trabajen y se desvelen toda la vida por enredarse en sus pasiones, desvanecerse en lo fabuloso y entregarse al fuego inextinguible y a la muerte y perdición eterna, como si fuera de burlas y no hubiera venido del cielo mi Hijo santísimo a morir en una cruz para merecerles este rescate!** Consideren el precio, y conocerán el peso y estimación de lo que tanto costó al mismo Dios, que sin engaño lo conoce.

941. **En este infelicísimo error tiene menos gravedad la culpa de los idólatras y gentiles, ni la indignación del Altísimo se convierte tanto contra ellos como contra los**

fieles hijos de la Iglesia Santa que llegaron a conocer la luz de esta verdad; y si en el siglo presente la tienen tan oscurecida y olvidada, entiendan y conozcan que es por culpa suya y por haber dado tanta mano a su enemigo Lucifer, que con infatigable malicia en ninguna otra cosa trabaja más que en ésta, procurando quitar el freno a los hombres, para que olvidados de sus postrimerías (novísimos) y de los tormentos eternos que les aguardan se entreguen como brutos irracionales a los deleites sensibles, y olvidándose de sí mismos, gastando la vida en bienes aparentes, bajen en un punto al infierno, como dice Job (Job 21, 13), y como sucede en hecho de verdad a infinitos necios que aborrecen esta ciencia y disciplina. Pero tú, hija mía, déjate enseñar de mi doctrina y apártate de tan pernicioso engaño y del común olvido de los mundanos, suene siempre en tus oídos aquel despecho lamentable de los condenados, que comenzará del fin de su vida y principio de su eterna muerte, diciendo: ¡Oh insensatos de nosotros, que juzgamos por insania la vida de los justos! ¡Oh, cómo están colocados entre los hijos de Dios y tienen parte con los santos! Luego nosotros erramos el camino de la verdad y justicia (Sab 5, 4-6). Y no nació el sol de inteligencia para nosotros. Fatigámonos en el camino de la maldad y perdición y busquemos sendas dificultosas, ignorando por nuestra culpa el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Qué nos valió la jactancia de las riquezas? Todo se acabó para nosotros como sombra. ¡Oh, nunca hubiéramos nacido! Esto es, hija mía, lo que has de temer y discurrir sobre ello en tu secreto, mirando, antes que vayas y no vuelvas a aquella tierra tenebrosa, como dijo Job (Job 10, 21), de las cavernas eternas, lo que te conviene huir del mal y alejarte de él y obrar el bien. Ejecuta viandante y por amor lo que con despecho los condenados y réprobos dicen a fuerza del castigo.

CAPITULO 21

Habiendo recibido San Juan grandes favores de María santísima, tiene orden del Espíritu Santo para salir a predicar y primero le envía a la divina Señora una cruz que tenía.

942. En esta segunda parte comencé a decir (Cf. supra n. 676) algunos favores que hizo María santísima estando en Egipto, y después a su prima Santa Isabel y a San Juan, luego que trató Herodes de quitar la vida a los Niños Inocentes, y cómo el futuro Precursor de Cristo, muerta su madre, perseveró en la soledad del desierto sin salir de él hasta el tiempo determinado por la divina Sabiduría, viviendo más vida angélica que humana, más de serafín que de hombre terreno. Su conversación fue con los Ángeles y con el Señor de todo lo criado, y siendo éste sólo su trato y ocupación jamás estuvo ocioso, continuando el amor y ejercicio de las virtudes heroicas que comenzó en el vientre de su madre, sin que la gracia estuviese en él ociosa ni vacía un punto ni sin el lleno de perfección que con todo su conato pudo comunicar a sus obras. Nunca le embarazaron los sentidos, retirados de los objetos terrenos, que suelen ser las ventanas por donde entra la muerte al alma, disimulada en las imágenes de la hermosura mentirosa de las criaturas. Y como el felicísimo santo fue tan dichoso que en él se anticipó la divina luz a la de este sol material, con aquélla puso en el olvido todo cuanto ésta le ofrecía y quedó su interior vista inmóvil y fijada en el objeto nobilísimo del ser de Dios y de sus infinitas perfecciones.

943. A todo humano pensamiento exceden y se levantan los favores que recibió San Juan Bautista en su soledad y retiro de la divina diestra, y su santidad y excelentísimos merecimientos se conocerán en el premio que recibió cuando lleguemos a la vista del Señor y no antes. Y porque no pertenece a esta Historia divertirme a lo que

de estos misterios he conocido y los doctores santos y otros autores han escrito de las grandes prerrogativas del divino Precursor, sólo diré aquí lo que es forzoso para mi intento por lo que toca a la divina Señora, por cuya mano y su intercesión recibió grandiosos beneficios el solitario San Juan Bautista. Y no fue el menor enviarle muchos días la comida por mano de los Santos Ángeles, como dije arriba (Cf. supra n. 676), hasta que el niño San Juan Bautista tuvo siete años, y desde esta edad hasta que tuvo nueve años le enviaba sólo pan, y a los nueve años cumplidos cesó este beneficio de la Reina; porque conoció en el Señor que era su voluntad divina y deseos del mismo santo que en lo restante comiese raíces, miel silvestre y langostas (Mt 3, 4), de que se sustentó hasta que salió a la predicación; pero aunque le faltó el regalo de la comida por mano de la Reina, siempre continuó enviarle a visitar con sus Ángeles, para que le consolasen y diesen noticia de sus ocupaciones, empleos y de los misterios que el Verbo humanado obraba, aunque estas visitas no fueron más frecuentes que una vez cada ocho días.

944. Este gran favor, entre otros fines, fue necesario para que San Juan Bautista tolerase la soledad, no porque el horror de ella y su penitencia le causase hastío, que para hacérsela deseable y muy dulce era suficiente su admirable santidad y gracia, pero fue conveniente para que el amor ardentísimo que tenía a Cristo nuestro Señor y a su Madre santísima no le hiciese tan molesta la ausencia y privación de su conversación y vista, que deseaba como santo y agradecido. Y no hay duda que le fuera de mayor mortificación y dolor detenerse en este deseo, que sufrir las inclemencias, ayunos, penitencias y horror de las montañas, si no le recompensara la divina Señora y amantísima tía esta privación con los continuos regalos de remitirle sus Ángeles, que le diesen nuevas de su amado. Preguntábales el gran solitario por el Hijo y

por la Madre con las ansias amorosas de la esposa (Cant 1, 6). Enviábales íntimos afectos y suspiros del corazón herido de su amor y de su ausencia, y a la divina Princesa le pedía por mano de sus embajadores que en su nombre le suplicase le enviase su bendición y le adorase y diese humilde reverencia, y en el ínterin le adoraba el mismo San Juan Bautista en espíritu y verdad desde la soledad en que vivía. También pedía esto mismo a los Santos Ángeles que le visitaban y a los demás que le asistían. Y con estas ordinarias ocupaciones llegó el gran Precursor a la edad perfecta de treinta años, preparándole el poder divino para el ministerio que le había elegido.

945. Llegó el tiempo destinado y aceptable de la eterna Sabiduría, en que la voz del Verbo humanado, que era San Juan Bautista, se oyese clamar en el desierto, como dice Isaías (Is 40, 3) y lo refieren los evangelistas (Mt 3, 3). Y en el año quince del imperio de Tiberio César, siendo príncipes de los sacerdotes Anas y Caifas, fue hecha la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lc 3, 1). Y salió a la ribera del Jordán, predicando bautismo de penitencia para alcanzar remisión de los pecados y disponer y preparar los corazones para que recibiesen al Mesías prometido y esperado tantos siglos, y le señalase con el dedo para que todos pudiesen conocerle. Esta palabra y mandato del Señor entendió y conoció San Juan Bautista en un éxtasis que tuvo, donde por especial virtud o influjo del poder divino fue iluminado y prevenido con plenitud de nuevos dones de luz, gracia y ciencia del Espíritu Santo. Conoció en este raptó con más abundante sabiduría los misterios de la Redención y tuvo una visión de la divinidad abstractiva, pero tan admirable que le transformó y mudó en nuevo ser de santidad y gracia. Y en esta visión le mandó el Señor que saliese de la soledad a preparar los caminos de la predicación del Verbo humanado con la suya y que ejercitase el oficio de

precursor y todo lo que a su cumplimiento le tocaba, porque de todo fue informado y para todo se le dio gracia abundantísima.

946. Salió de la soledad el nuevo predicador San Juan Bautista, vestido de unas pieles de camellos, ceñido con una cinta o correa también de pieles, descalzo el pie por tierra, el rostro macilento y extenuado, el semblante gravísimo y admirable, y con incomparable modestia y humildad severa, el ánimo invencible y grande, el corazón inflamado en la caridad de Dios y de los hombres; sus palabras eran vivas, graves y abrasantes, como centellas de un rayo despedido del brazo poderoso de Dios y de su ser inmutable y divino, apacible para los mansos, amable para los humildes, terrible para los soberbios, admirable espectáculo para los Ángeles y hombres, formidable para los pecadores, horrible para los demonios; y tal predicador, como instrumento del Verbo humanado y como le había menester aquel pueblo hebreo, duro, ingrato y pertinaz, con gobernadores idólatras, con sacerdotes avarientos y soberbios, sin luz, sin profetas, sin piedad, sin temor de Dios después de tantos castigos y calamidades a donde sus pecados le habían traído, y para que en tan miserable estado se le abriesen los ojos y el corazón para conocer y recibir a su Reparador y Maestro.

947. Había hecho el santo anacoreta Juan muchos años antes una grande cruz que tenía en su cabecera, y en ella hacía algunos ejercicios penales y puesto en ella oraba de ordinario en postura de crucificado. No quiso dejar este tesoro en aquel yermo y antes de salir de él se la envió a la Reina del cielo y tierra con los mismos ángeles que en su nombre le visitaban, y que la dijese cómo aquella cruz había sido la compañía más amable y de mayor recreo que en su larga soledad había tenido, y que se la enviaba como rica joya por lo que en ella se había

de obrar, que el motivo de haberla hecho era éste; y también que los mismos Ángeles le habían dicho que su Hijo santísimo y Salvador del mundo oraba muchas veces puesto en otra cruz que tenía en su oratorio para este intento. Los artífices de esta cruz que tenía San Juan Bautista fueron los Ángeles, que a petición suya la formaron de un árbol de aquel desierto, porque ni el santo tenía fuerzas ni instrumentos, ni los Ángeles los habían menester con el imperio que tienen sobre las cosas corporales. Con este presente y embajada volvieron los santos príncipes a su Reina y Señora y ella lo recibió con dulcísimo dolor y amarga dulzura en lo íntimo de su castísimo corazón, confiriendo los misterios que muy en breve se obrarían en aquel durísimo madero, y hablando regaladamente con él le puso en su oratorio, donde le guardó toda la vida con la otra cruz que tenía del Salvador. Y después la prudentísima Señora dejó estas prendas con otras a los Apóstoles por herencia inestimable, y ellos las llevaron por algunas provincias donde predicaron el Evangelio.

948. Sobre este suceso misterioso se me ofreció una duda que propuse a la Madre de sabiduría, y la dije: Reina del cielo y Señora mía, santísima entre los santos y escogida entre todas las criaturas para Madre del mismo Dios: en esto que dejo escrito se me ofrece una dificultad como a mujer ignorante y tarda y, si me dais licencia, deseo proponerla a vos, Señora, que sois maestra de la sabiduría y por vuestra dignación habéis querido hacer conmigo este oficio y magisterio, ilustrando mis tinieblas y enseñándome doctrina de vida eterna y saludable. Mi duda es por haber entendido que no sólo San Juan Bautista, pero vos mismo, Reina mía, teníais en reverencia la cruz antes que vuestro Hijo santísimo muriese en ella, y siempre he creído que, hasta aquella hora en que se obró nuestra redención en el sagrado madero, sería de patíbulo para castigar los delincuentes

y por esta causa era la cruz reputada por ignominiosa y contentible, y la Santa Iglesia nos enseña que todo su valor y dignidad le vino a la santa cruz del contacto que tuvo con ella nuestro Redentor y del misterio de la reparación humana que obró en ella.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo María santísima,

949. Hija mía, con gusto satisfaré a tu deseo y responderé a tu duda. Verdad es lo que propones, que la cruz era ignominiosa (Dt 21, 23) antes que mi Hijo y mi Señor la honrara y santificara con su pasión y muerte, y por esto se le debe ahora la adoración y reverencia altísima que le da la Santa Iglesia; y si algún ignorante de los misterios y razones que tuve yo, y también San Juan Bautista, pretendiera dar culto y reverencia a la cruz antes de la redención humana, cometiera idolatría y error porque adoraba lo que no conocía por digno de adoración verdadera. Pero en nosotros hubo diferentes razones: la una, que teníamos infalible certeza de lo que en la cruz había de obrar nuestro Redentor; la otra, que antes de llegar a esta obra de la Redención había comenzado a santificar aquella sagrada señal con su contacto, cuando se ponía y oraba en ella, ofreciéndose a la muerte de su voluntad, y el Eterno Padre había aceptado estas obras y muerte prevista de mi Hijo santísimo con inmutable decreto y aprobación; y cualquier obra y contacto que tuvo el Verbo humanado era de infinito valor y con él santificó aquel sagrado madero y le hizo digno de reverencia; y cuando yo se la daba, y también San Juan Bautista, teníamos presente este misterio y verdad y no adorábamos a la cruz por sí misma y por lo material del madero, que no se le debía adoración latría hasta que se ejecutase en ella la redención, pero atendíamos y respetábamos la representación formal de lo que en

ella haría el Verbo Encarnado, que era el término a donde miraba y pasaba la reverencia y adoración que dábamos a la cruz; y también ahora sucede así en la que le da la Santa Iglesia.

950. Conforme a esta verdad debes ahora ponderar tu obligación, y de todos los mortales, en la reverencia y aprecio de la Santa Cruz; porque si antes de morir en ella mi Hijo santísimo yo le imité y también su Precursor, así en el amor y reverencia como en los ejercicios que hacíamos en aquella santa señal, ¿qué deben hacer los fieles hijos de la Iglesia, después que a su Criador y Redentor le tienen crucificado a la vista de la fe y su imagen a los ojos corporales? Quiero, pues, hija mía, que tú te abrasces con la Cruz con incomparable estimación, te la apliques como joya preciosísima de tu Esposo y te acostumbres a los ejercicios que en ella conoces y haces, sin que jamás por tu voluntad los dejes ni olvides, si la obediencia no te los impide. Y cuando llegares a tan venerables obras, sea con profunda reverencia y consideración de la muerte y pasión de tu Señor y de tu amado. Y esta misma costumbre procura introducir entre tus religiosas, amonestándolas a ello, porque ninguna es más legítima entre las esposas de Cristo, y ésta le será de sumo agrado hecha con devoción y digna reverencia. Junto con esto, quiero de ti que a imitación del Bautista prepares tu corazón para lo que el Espíritu Santo quisiere obrar en ti para gloria suya y beneficio de otros, y cuanto es en tu afecto ama la soledad y retira tus potencias de la confusión de las criaturas, y en lo que te obligare el Señor a comunicar con ellas procura siempre tu propio merecimiento y la edificación de los prójimos, de manera que en tus conversaciones resplandezca el celo y el espíritu que vive en tu corazón. Las eminentísimas virtudes que has conocido, te sirvan de estímulo y ejemplo que imites, y de ellas y de las demás que llegaren a tu noticia en otros santos procura como

diligente abeja de las flores fabricar el panal dulcísimo de la santidad y pureza que en ti quiere mi Hijo santísimo. Diferenciáate en los oficios de estaavecita y de la araña, que la una su alimento convierte en suavidad y utilidad para vivos y difuntos y la otra en veneno dañoso. Coge de las flores y virtudes de los santos en el jardín de la Santa Iglesia cuanto con tus débiles fuerzas, ayudadas de la gracia, pudieres imitar, y oficiosa y argumentosa procura resulte en beneficio de los vivos y difuntos, y huye del veneno de la culpa dañosa para todos.

CAPITULO 22

Ofrece María santísima al eterno Padre a su Hijo unigénito para la redención humana, concédele en retorno de este sacrificio una visión clara de la divinidad y despídese del mismo Hijo para ir Su Majestad a predicar al desierto.

951. El amor que nuestra gran Reina y Señora tenía a su Hijo santísimo era la regla por donde se medían otros afectos y operaciones de la divina Madre, y también las pasiones y efectos de gozo y de dolor que según diferentes causas y razones padecía. Pero para medir este ardiente amor no halla regla manifiesta nuestra capacidad, ni la pueden hallar los mismos Ángeles, fuera de la que conocen con la vista clara del ser divino, y todo lo demás que se puede decir por circunloquios, símiles y rodeos es lo menos que en sí comprende este divino incendio, porque le amaba como a Hijo del eterno Padre, igual con Él en el ser de Dios y en sus infinitas perfecciones y atributos. Amábalo como a Hijo propio y natural, y sólo Hijo suyo en el ser humano, formado de su misma carne y sangre. Amábale, porque en este ser humano era el Santo de los Santos y causa meritoria de toda santidad. Era el especioso entre los hijos de los hombres (Sal 44, 3). Era el más obediente y más Hijo de

su Madre, el más glorioso honrador y bienhechor para ella, pues la levantó con ser su Hijo a la suprema dignidad entre las criaturas, la mejoró entre todas y sobre todas con los tesoros de la divinidad, con el señorío de todo lo criado, con los favores, beneficios y gracias que a ninguna otra se le pudieran dignamente conceder.

952. Estos motivos y estímulos del amor estaban depositados y como comprendidos en la sabiduría de la divina Señora, con otros muchos que sola su altísima ciencia penetraba. No tenía su corazón impedimento, porque era candido y purísimo; no era ingrata, porque era profundísima en humildad y fidelísima en corresponder; no remisa, porque era vehemente en el obrar con la gracia y toda su eficacia; no era tarda sino diligentísima; no descuidada, porque era estudiosísima y solícita; no olvidada, porque su memoria era constante y fija en guardar los beneficios, razones y leyes del amor. Estaba en la esfera del mismo fuego en presencia del divino objeto y en la escuela del verdadero Dios de amor en compañía de su Hijo santísimo, a la vista de sus obras y operaciones, copiando aquella viva imagen, y nada le faltaba a esta finísima amante para que no llegase al modo del amor que es amar sin modo y sin medida. Estando, pues, esta luna hermosísima en su lleno, mirando al Sol de justicia de hito en hito por espacio de casi treinta años; habiéndose levantado como divina aurora a lo supremo de la luz, a lo ardiente del amoroso incendio del día clarísimo de la gracia, enajenada de todo lo visible y transformada en su querido Hijo y correspondida de su recíproca dilección, favores y regalos; en el punto más subido, en la ocasión más ardua sucedió que oyó una voz del Padre eterno que la llamaba como en su figura había llamado al patriarca Abrahán, para que le ofreciese en sacrificio al depósito de su amor y esperanza, su querido Isaac (Gen 22, 1ss).

953. No ignoraba la prudentísima Madre que corría el tiempo, porque ya su dulcísimo Hijo había entrado en los treinta años de edad, y que se acercaba el término y plazo de la paga en que había de satisfacer por la deuda de los hombres, pero con la posesión del bien que la hacía tan bienaventurada todavía miraba como de lejos la privación aún no experimentada. Pero llegando ya la hora y estando un día en éxtasis altísimo, sintió que era llamada y puesta en presencia del trono real de la Beatísima Trinidad, del cual salió una voz que con admirable fuerza la decía: María, Hija y Esposa mía, ofrécame a tu Unigénito en sacrificio.—Con la fuerza de esta voz vino la luz y la inteligencia de la voluntad del Altísimo, y en ella conoció la beatísima Madre el decreto de la redención humana por medio de la pasión y muerte de su Hijo santísimo y todo lo que desde luego había de comenzar a preceder a ella con la predicación y magisterio del mismo Señor. Y al renovarse este conocimiento en la amantísima Madre sintió diversos efectos de su ánimo, de rendimiento, humildad, caridad de Dios y de los hombres, compasión, ternura y natural dolor de lo que su Hijo santísimo había de padecer.

954. Pero sin turbación y con magnánimo corazón respondió al Muy Alto y le dijo: Rey eterno y Dios omnipotente, de sabiduría y bondad infinita, todo lo que tiene ser, fuera de vos, lo recibí y lo tiene de vuestra liberal misericordia y grandeza y de todo sois Dueño y Señor independiente. Pues ¿cómo a mí, vil gusanillo de la tierra, mandáis que sacrifique y entregue a vuestra disposición divina el Hijo que con vuestra inefable dignación he recibido? Vuestro es, eterno Dios y Padre, pues en vuestra eternidad antes del lucero fue engendrado y siempre lo engendráis y engendraréis por infinitos siglos; y si yo le vestí la forma de siervo en mis entrañas de mi propia sangre, si le alimenté a mis pechos, si le administré como Madre, también aquella

humanidad santísima es toda vuestra, y yo lo soy, pues recibí de vos todo lo que soy y pude darle. Pues ¿qué me resta que ofreceros que no sea más vuestro que mío? Pero confieso, Rey altísimo, que con tan liberal grandeza y benignidad enriquecéis a las criaturas con vuestros infinitos tesoros, que aun a vuestro mismo Unigénito, engendrado de vuestra sustancia y la misma lumbre de vuestra divinidad, le pedís por voluntaria ofrenda para obligaros de ella. Con él me vinieron todos los bienes juntos y por su mano recibí inmensos dones y honestidad (Sab 7, 11). Es virtud de mi virtud, sustancia de mi espíritu, vida de mi alma y alma de mi vida, con que me sustenta la alegría con que vivo; y fuera dulce ofrenda si le entregara sólo a vos que conocéis su estimación, pero ientregarle a la disposición de vuestra justicia y para que se ejecute por mano de sus crueles enemigos a costa de su vida, más estimable que todo lo criado fuera de ella! grande es, Señor altísimo, para el amor de madre la ofrenda que me pedís, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra; consígase la libertad del linaje humano, quede satisfecha vuestra equidad y justicia, manifiéstese vuestro infinito amor, sea conocido vuestro nombre y magnificado de todas las criaturas. Yo entrego a mi querido Isaac para que con verdad sea sacrificado, ofrezco al Hijo de mis entrañas para que según el inmutable decreto de vuestra voluntad pague la deuda contraída, no por él sino por los hijos de Adán, y para que se cumpla en él todo lo que vuestros Profetas por vuestra inspiración tienen escrito y declarado.

955. Este sacrificio de María santísima, con las condiciones que tuvo, fue el mayor y más aceptable para el Eterno Padre de cuantos se habían hecho desde el principio del mundo, ni se harán hasta el fin, fuera del que hizo su mismo Hijo nuestro Salvador, con el cual fue uno mismo el de la Madre en la forma posible. Y si lo supremo de la caridad se manifiesta en ofrecer la vida

por lo que se ama (Jn 15, 13), sin duda pasó María santísima esta línea y término del amor con los hombres, tanto más cuanto amaba la vida de su Hijo santísimo más que la suya propia, que esto era sin medida, pues para conservar la vida del Hijo, si fueran suyas las de todos los hombres, muriera tantas veces y luego infinitas más. Y no hay otra regla en las criaturas por donde medir el amor de esta divina Señora con los hombres más de la del mismo Padre Eterno, y como dijo Cristo Señor nuestro a Nicodemus (Jn 3, 16): *que de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que no pereciesen todos los que creyesen en él.* Esto mismo parece que en su modo y respectivamente hizo nuestra Madre de misericordia y le debemos proporcionadamente nuestro rescate, pues así nos amó, que dio a su Unigénito para nuestro remedio, y si no le diera cuando el Eterno Padre en esta ocasión se le pidió, no se pudiera obrar la redención humana con aquel decreto, cuya ejecución había de ser mediante el consentimiento de la Madre con la voluntad del Padre Eterno. Tan obligados como esto nos tiene María santísima a los hijos de Adán.

956. Admitida la ofrenda de esta gran Señora por la beatísima Trinidad, fue conveniente que la remunerase y pagase de contado con algún favor tal que la confortase en su pena, la corroborase para las que aguardaba y conociese con mayor claridad la voluntad del Padre y las razones de lo que le había mandado. Y estando la divina Señora en el mismo éxtasis, fue levantada a otro estado más superior, donde, prevenida y dispuesta con las iluminaciones y cualidades que en otras ocasiones he dicho (Cf. supra p.l n. 626ss), se le manifestó la divinidad con visión intuitiva y clara, donde en el sereno y luz del mismo ser de Dios conoció de nuevo la inclinación del sumo bien a comunicar sus tesoros infinitos a las criaturas racionales por medio de la redención que obraría el Verbo humanado y la gloria que de esta maravilla

resultaría entre las mismas criaturas para el nombre del Altísimo. Con esta nueva ciencia de los sacramentos ocultos que conoció la divina Madre, con nuevo júbilo ofreció otra vez al Padre el sacrificio de su Hijo unigénito; y el poder infinito del mismo Señor la confortó con aquel verdadero pan de vida y entendimiento, para que con invencible esfuerzo asistiese al Verbo humanado en las obras de la Redención y fuese coadjutora y cooperadora en ella, en la forma que lo disponía la infinita Sabiduría, como lo hizo la gran Señora en todo lo que adelante diré (Cf. infra n. 990, 991, 1001, 1219, 1376).

957. Salió de este raptó y visión María santísima; y no me detengo en declarar más las condiciones que tuvo, porque fueron semejantes a las que en otras visiones intuitivas he declarado tuvo; pero con la virtud y efectos divinos que en ésta recibió, pudo estar prevenida para despedirse de su Hijo santísimo, que luego determinó salir al bautismo y ayuno del desierto. Llamóla Su Majestad y la dijo hablándola como hijo amantísimo y con demostraciones de dulcísima compasión: Madre mía, el ser que tengo de hombre verdadero recibí de sola vuestra sustancia y sangre, de que tomé forma de siervo en vuestro virginal vientre, y después me habéis criado a vuestros pechos y alimentándome con vuestro sudor y trabajo; por estas razones me reconozco por más Hijo y más vuestro que ninguno lo fue de su madre ni lo será. Dadme vuestra licencia y beneplácito para que yo vaya a cumplir la voluntad de mi eterno Padre. Ya es tiempo que me despida de vuestro regalo y dulce compañía y dé principio a la obra de la redención humana. Acabase el descanso y llega ya la hora de comenzar a padecer por el rescate de mis hermanos los hijos de Adán. Pero esta obra de mi Padre quiero hacer con vuestra asistencia, y en ella seáis compañera y coadjutora mía, entrando a la parte de mi pasión y cruz; y aunque ahora es forzoso dejaros sola, mi bendición eterna quedará con

vos y mi cuidadosa, amorosa y poderosa protección, y después volveré a que me acompañéis y ayudéis en mis trabajos, pues los he de padecer en la forma de hombre que me disteis.

958. Con estas razones echó el Señor los brazos en el cuello de la ternísima Madre, derramando entrambos muchas lágrimas con admirable majestad y severidad apacible, como maestros en la ciencia del padecer. Arrodillóse la divina Madre y respondió a su Hijo santísimo y con incomparable dolor y reverencia le dijo: Señor mío y Dios eterno, verdadero Hijo mío sois y en vos está empleado todo el amor y fuerzas que de vos he recibido y lo íntimo de mi alma está patente a vuestra divina sabiduría; mi vida fuera poco para guardar la vuestra, si fuera conveniente que muchas veces yo muriera para esto, pero la voluntad del Padre y la vuestra se han de cumplir y para esto ofrezco y sacrifico yo la mía; recibidla, Hijo mío y Dueño de todo mi ser, en aceptable ofrenda y sacrificio y no me falte vuestra divina protección. Mayor tormento fuera para mí, que padeciérades sin acompañaros en los trabajos y en la cruz. Merezca yo, Hijo, este favor, que como verdadera madre Os pido en retorno de la forma humana que Os di, en que vais a padecer.—Pidióle también la amantísima Madre llevase algún alimento de su casa, o que se le enviaría a donde estuviese, y nada de esto admitió el Salvador por entonces, dando luz a la Madre de lo que convenía. Salieron juntos hasta la puerta de su pobre casa, donde segunda vez le pidió ella arrodillada la bendición y le besó los pies, y el divino Maestro se la dio y comenzó su jornada para el Río Jordán, saliendo como buen pastor a buscar la oveja perdida y volverla sobre sus hombros al camino de la vida eterna que había perdido como engañada y errante.

959. En esta ocasión que salió nuestro Redentor a ser

bautizado por San Juan Bautista, había entrado ya en treinta años de su edad, aunque fue al principio de este año, porque se fue vía recta a donde estaba bautizando el Precursor en la ribera del Río Jordán (Mt 3, 13), y recibió de él el bautismo a los trece días después de cumplidos los veinte y nueve años, el mismo día que lo celebra la Iglesia. No puedo yo dignamente ponderar el dolor de María santísima en esta despedida, ni tampoco la compasión del Salvador, porque todo encarecimiento y razones son muy cortas y desiguales para manifestar lo que pasó por el corazón de Hijo y Madre. Y como ésta era una de las partes de sus penas y aflicción, no fue conveniente moderar los efectos del natural amor recíproco de los Señores del mundo; dio lugar el Altísimo para que obrasen todo lo posible y compatible con la suma santidad de entrambos respectivamente. Y no se moderó este dolor con apresurar los pasos nuestro divino Maestro, llevado de la fuerza de su inmensa caridad a buscar nuestro remedio, ni el conocerlo así la amantísima Madre, porque todo esto aseguraba más los tormentos que le esperaban y el dolor de su conocimiento. ¡Oh amor mío dulcísimo!, ¿cómo no sale al encuentro la ingratitud y dureza de nuestros corazones para teneros?, ¿cómo el ser los hombres inútiles para Vos, a más de su grosera correspondencia, no Os embaraza? ¡Oh eterno bien y vida mía!, sin nosotros seréis tan bienaventurado como con nosotros, tan infinito en perfecciones, santidad y gloria, y nada podemos añadir a la que tenéis con solo vos mismo, sin dependencia y necesidad de criaturas. Pues ¿por qué, amor mío, tan cuidadoso las buscáis y solicitáis?, ¿por qué tan a costa de dolores y de cruz procuráis el bien ajeno? Sin duda que vuestro incomparable amor y bondad le reputa por propio y sólo nosotros le tratamos como ajeno para Vos y nosotros mismos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

960. Hija mía, quiero que ponderes y penetres más los misterios que has escrito y los levantes de punto en tu estimación para el bien de tu alma y llegar en alguna parte a mi imitación. Advierte, pues, que en la visión de la divinidad, que yo tuve en esta ocasión que has dicho, conocí en el Señor la estimación que su voluntad santísima hacía de los trabajos, pasión y muerte de mi Hijo, y de todos aquellos que le habían de imitar y seguir en el camino de la cruz. Y con esta ciencia no sólo le ofrecí de voluntad para entregarle a la pasión y muerte, sino que supliqué al Muy Alto me hiciera compañera y participe de todos sus dolores, penas y pasión, y me lo concedió el Eterno Padre. Y después pedí a mi Hijo y Señor que desde luego careciese yo de sus regalos interiores, comenzando a seguir sus pasos de amargura, y esta petición me inspiró el mismo Señor, porque así lo quería, y me obligó y enseñó el amor. Estas ansias de padecer y el que me tenía Su Majestad como Hijo y como Dios, me encaminaban a desear los trabajos, y porque me amó tiernamente me los concedió; que a los que ama, corrige y aflige (Prov 2, 12), y a mí como a Madre quiso no me faltase este beneficio y excelencia de ser en todo semejante a él, en lo que más estimaba en la vida humana. Luego se cumplió en mí esta voluntad del Altísimo y mi deseo y petición, y carecí de los favores y regalos que solía recibir y no me trató desde entonces con tanta caricia; y ésta fue una de las razones por que no me llamó Madre sino Mujer en las bodas de Cana y al pie de la cruz (Jn 2, 4; 19, 26), y en otras ocasiones que me ejercitó con esta severidad y negándome las palabras de caricia; y estaba tan lejos de ser esto desamor, que antes era la mayor fineza de amor hacerme su semejante en las penas que elegía para sí, como herencia y tesoro estimable.

961. De aquí entenderás la común ignorancia y error

de los mortales y cuan lejos van del camino y de la luz, cuando generalmente, casi todos, trabajan por no trabajar, padecen por no padecer y aborrecen el camino real y seguro de la cruz y mortificación. Con este peligroso engaño, no sólo aborrecen la semejanza de Cristo su ejemplar y la mía y se privan de ella, siendo el verdadero y sumo bien de la vida humana; pero junto con esto se imposibilitan para su remedio, pues todos están enfermos y dolientes con muchas culpas y su medicina ha de ser la pena. El pecado se comete con torpe deleite y se excluye con el dolor penal y en la tribulación los perdona el justo Juez. Con el padecer amarguras y aflicciones se enfrena el fomes del pecado, se quebrantan los bríos desordenados de las pasiones concupiscible e irascible, humíllase la soberbia y altivez, sujétase la carne, diviértese el gusto de lo malo, sensible y terreno, desengáñase el juicio, morigérase la voluntad y todas las potencias de la criatura se reducen a razón, y se moderan en sus desigualdades y movimientos las pasiones, y sobre todo se obliga el amor divino a compasión del afligido que abraza, los trabajos con paciencia o los busca con deseo de imitar a mi Hijo santísimo; y en esta ciencia están recopiladas todas las buenas dichas de la criatura; los que huyen de esta verdad son locos, los que ignoran esta ciencia son estultos.

962. Trabaja, pues, hija mía carísima, por adelantarte en ella y desvélate para salir al encuentro a la cruz de los trabajos y despídete de admitir jamás consolación humana. Y para que en las del espíritu no tropieces y caigas, te advierto que en ellas también esconde el demonio un lazo, que tú no puedes ignorar, contra los espirituales; porque como es tan dulce y apetecible el gusto de la contemplación y vista del Señor y sus caricias—más o menos redundando tanto deleite y consuelo en las potencias del alma y tal vez en la parte sensitiva—suelen

algunas almas acostumbrarse a él tanto que se hacen como ineptas para otras ocupaciones necesarias a la vida humana, aunque sean de caridad y trato conveniente con las criaturas, y cuando hay obligación de acudir a ellas se afligen desordenadamente y se turban con impaciencia, pierden la paz y gozo interior, quedan tristes, intratables y llenas de hastío con los demás prójimos y sin verdadera humildad ni caridad. Y cuando llegan a sentir su propio daño e inquietud, luego cargan la culpa a las ocupaciones exteriores en que los puso el mismo Señor por la obediencia o por la caridad y no quieren confesar ni conocer que la culpa consiste en su poca mortificación y rendimiento a lo que Dios ordena, y por estar asidas a su gusto. Y todo este engaño les oculta el demonio con el color del buen deseo de su quietud y retiro y del trato del Señor en la soledad, porque en esto les parece no hay que temer, que todo es bueno y santo y que el daño les resulta de lo que se le impiden como lo desean.

963. En esta culpa has incurrido tú algunas veces y quiero que desde hoy quedes advertida en ella, pues para todo hay tiempo, como dice el Sabio (Ecl 3, 5): *para gozar de los abrazos y para abstenerse de ellos*; y el determinar el trato íntimo del Señor a tiempos señalados por gusto de la criatura, es ignorancia de imperfectos y principiantes en la virtud y lo mismo el sentir mucho que le falten los regalos divinos. No te digo por esto que de voluntad busques las distracciones y ocupaciones, ni en ellas tengas tu beneplácito, que esto es lo peligroso, sino que cuando los prelados te lo ordenaren obedezcas con igualdad y dejes al Señor en tu regalo para hallarle en el trabajo útil y en el bien de tus prójimos; y esto debes anteponer a tu soledad y consolaciones ocultas que en ella recibes y sólo por éstas no quiero que la ames tanto, porque en la solicitud conveniente de prelada sepas creer, esperar y amar con fineza. Y por este medio

hallarás al Señor en todo tiempo y lugar y ocupaciones, como lo has experimentado; y nunca quiero te des por despedida de su vista y presencia dulcísima y suavísima conversación, ignorando párvulamente que fuera del retiro puedes hallar y gozar del Señor, porque todo está lleno de su gloria (Eclo 42, 16), sin haber espacio vacío, y en Su Majestad vives, eres y te mueves (Act 17, 28), y cuando no te obligare él mismo a estas ocupaciones, gozarás de tu deseada soledad.

964. Todo lo conocerás mejor en la nobleza del amor que de ti quiero para la imitación de mi Hijo santísimo y mía; pues con él unas veces te has de regalar en su niñez, otras acompañarle en procurar la salvación eterna de los hombres, otras imitándole en el retiro de su soledad, otras transfigurándote con él en nueva criatura, otras abrazando las tribulaciones y la cruz y siguiendo sus caminos y la doctrina que como divino Maestro enseñó en ella; y, en una palabra, quiero que entiendas cómo en mí fue el ejercicio o el intento más alto imitarle siempre en todas sus obras; ésta fue en mí la que mayor perfección y santidad comprendió y en esto quiero que me sigas según tus flacas fuerzas alcanzaren ayudadas de la gracia. Y para hacerlo has de morir primero a todos los efectos de hija de Adán, sin reservar en ti "quiero o no quiero", "admito o repruebo por éste o por aquel título", porque tú ignoras lo que te conviene y tu Señor y Esposo, que lo sabe y te ama más que tú misma, quiere cuidar de ello si te dejas toda a su voluntad. Y sólo para amarle y quererle imitar en padecer te doy licencia, pues en lo demás aventuras el apartarte de su gusto y del mío y lo harás siguiendo tu voluntad y las inclinaciones de tus deseos y apetitos. Degüéllalos y sacrifícalos todos, levántate a ti sobre ti y ponte en la habitación alta y encumbrada de tu Dueño y Señor; atiende a la luz de sus influencias y a la verdad de sus palabras de vida eterna, y para que la consigas toma tu cruz, sigue sus pisadas,

camina al olor de sus ungüentos y sé oficiosa hasta alcanzarle y en teniéndole no le dejes.

CAPITULO 23

Las ocupaciones que la Madre Virgen tenía en ausencia de su Hijo santísimo y los coloquios con sus Santos Ángeles.

965. Despedido el Redentor del mundo de la presencia corporal de su amantísima Madre, quedaron los sentidos de la purísima Señora como eclipsados y en oscura sombra, por habérseles traspuesto el claro Sol de Justicia que los alumbraba y llenaba de alegría, pero la interior vista de su alma santísima no perdió ni un solo grado de la divina luz que la bañaba toda y levantaba sobre el supremo amor de los más encendidos serafines. Y como todo el empleo principal de sus potencias, en ausencia de la humanidad santísima, había de ser sólo el objeto incomparable de la divinidad, dispuso todas sus ocupaciones de manera que, retirada en su casa sin trato ni comercio de criaturas, pudiese vacar a la contemplación y alabanzas del Señor y entregarse toda a este ejercicio, oraciones y peticiones, para que la doctrina y semilla de la palabra que el Maestro de la vida había de sembrar en los corazones humanos, no se malograra por la dureza de su ingratitud, sino que diese copioso fruto de vida eterna y salud de sus almas. Y con la ciencia que tenía de los intentos que llevaba el Verbo humanado, se despidió la prudentísima Señora de hablar a criatura humana, para imitarle en el ayuno y soledad del desierto, como adelante diré (Cf. infra n. 990), porque en todo fue viva estampa de sus obras, ausente y presente.

966. En estos ejercicios se ocupó la divina Señora, sola en su casa, los días que su Hijo santísimo estuvo fuera de

ella. Y eran sus peticiones tan fervorosas que derramaba lágrimas de sangre, llorando los pecados de los hombres. Hacía genuflexiones y postraciones en tierra más de doscientas veces cada día, y este ejercicio amó y repitió grandemente toda su vida, como índice de su humildad y caridad, reverencia y culto incomparables, y de esto hablaré muchas veces en el discurso de esta Historia (Cf. supra n. 152, 180; infra p. III n. 614, etc.). Con estas obras ayudaba y cooperaba con su Hijo santísimo y nuestro Reparador en la obra de la Redención, cuando estaba ausente, y fueron tan poderosas y eficaces con el Eterno Padre, que por los méritos de esta piísima Madre y por estar ella en el mundo olvidó el Señor —a nuestro modo de entender— los pecados de todos los mortales, que entonces desmerecían la predicación y doctrina de su Hijo santísimo. Este óbice quitó María santísima con sus clamores y ferviente caridad. Ella fue la medianera que nos granjeó y mereció el ser enseñados de nuestro Salvador y Maestro y que se nos diese y recibiésemos la Ley del Evangelio de la misma boca del Redentor.

967. El tiempo que le quedaba a la gran Reina después que descendía de lo más alto y eminente de la contemplación y peticiones, gastaba en conferencias y coloquios con sus Santos Ángeles, a quienes el mismo Salvador había mandado de nuevo que la asistiesen en forma corporal todo el tiempo que estuviese ausente y en aquella forma sirviesen a su tabernáculo y guardasen la ciudad santa de su habitación. En todo obedecían los ministros diligentísimos del Señor y servían a su Reina con admirable y digna reverencia. Pero como el amor es tan activo y poco paciente de la ausencia y privación del objeto que tras de sí le lleva, no tiene mayor alivio que hablar de su dolor y repetir sus justas causas, renovando las memorias de lo amado, refiriendo sus condiciones y excelencias; y con estas conferencias entretiene sus penas y engaña o divierte su dolor, sustituyendo por su

original las imágenes que dejó en la memoria el bien amado. Esto mismo le sucedía a la amantísima Madre del sumo y verdadero bien, su Hijo santísimo, porque, mientras estaban anegadas sus potencias en el inmenso piélago de la divinidad, no sentía la falta de la presencia corporal de su Hijo y Señor, pero cuando volvía al uso de los sentidos, acostumbrados a tan amable objeto y que se hallaban sin él, sentía luego la fuerza impaciente del amor más intenso, casto y verdadero que puede imaginar ninguna criatura; porque no fuera posible a la naturaleza padecer tanto dolor y quedar con vida, si no fuera divinamente confortada.

968. Y para dar algún ensanche al natural dolor del corazón se convertía a los Santos Ángeles y les decía: Ministros diligentes del Altísimo, hechuras de las manos de mi amado, amigos y compañeros míos, dadme noticia de mi Hijo querido y de mi Dueño; decidme dónde vive y decidle también cómo yo muero por la ausencia de mi propia vida. ¡Oh dulce bien y amor de mi alma! ¿Dónde está vuestra forma especiosa sobre los hijos de los hombres? ¿Dónde reclinaréis vuestra cabeza? ¿Dónde descansará de sus fatigas vuestra delicadísima y santísima humanidad? ¿Quién os servirá ahora, lumbré de mis ojos? Y ¿cómo cesarán las lágrimas de los míos sin el claro sol que los alumbraba? ¿Dónde, Hijo mío, tendréis algún reposo? Y ¿dónde le hallará esta sola y pobreavecilla? ¿Qué puerto tomará esta navecilla combatida en soledad de las olas del amor? ¿Dónde hallaré tranquilidad? ¡Oh Amado de mis deseos, olvidar vuestra presencia que me daba vida no es posible! Pues ¿cómo lo será el vivir con su memoria sin tener la posesión? ¿Qué haré? ¡Oh! ¿quién me consolará y hará compañía en mi amarga soledad? Pero ¿qué busco y qué hallaré entre las criaturas, si sólo vos me faltáis, que sois el todo y solo a quien ama mi corazón? Espíritus soberanos, decidme qué hace mi Señor y mi querido,

contadme sus ocupaciones exteriores y de las interiores no me ocultéis nada de lo que os fuere manifiesto en el espejo de su ser divino y de su cara; referidme todos sus pasos para que yo los siga y los imite.

969. Obedecieron los Santos Ángeles a su Reina y Señora y la consolaron en el dolor de sus endechas amorosas, hablándole del Muy Alto y repitiéndole grandiosas alabanzas de la humanidad santísima de su Hijo y sus perfecciones, y luego le daban noticia de todas las ocupaciones, obras y lugares donde estaba; y esto hacían iluminando su entendimiento al mismo modo que un Ángel superior a otro inferior, porque éste era el orden y forma espiritual con que confería y trataba con los Ángeles interiormente, sin embarazo del cuerpo y sin uso de los sentidos; y de esta manera la informaban los divinos espíritus cuándo el Verbo humanado oraba retirado, cuándo enseñaba a los hombres, cuándo visitaba a los pobres y hospitales y otras acciones que la divina Señora ejecutaba a su imitación, en la forma que le era posible, y hacía magníficas y excelentes obras, como adelante diré (Cf. infra n. 971), y con esto descansaba en parte su dolor y pena.

970. Enviaba también algunas veces a los mismos Ángeles para que en su nombre visitasen a su dulcísimo Hijo y les decía prudentísimas razones de gran peso y reverencial amor y solía darles algún paño o lienzo aliñado de sus manos, para que limpiasen el venerable rostro del Salvador, cuando en la oración le veían fatigado y sudar sangre; porque conocía la divina Madre que tendría esta agonía y más cuanto se iba más empleando en las obras de la Redención. Y los Ángeles obedecían en esto a su Reina con increíble reverencia y temor, porque conocían era voluntad del mismo Señor, por el deseo amoroso de su Madre santísima. Otras veces, por aviso de los mismos Ángeles o por especial

visión y revelación del Señor, conocía que Su Majestad oraba en los montes y hacía peticiones por los hombres, y en todo le acompañaba la misericordiosísima Señora desde su casa y oraba en la misma postura y con las mismas razones. En algunas ocasiones también le enviaba por mano de los Ángeles algo de alimento que comiese, cuando sabía no había quien se lo diese al Señor de todo lo criado; aunque esto fue pocas veces, porque Su Majestad santísima, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 958), no consintió que siempre lo hiciese su Madre santísima como lo deseaba, y en los cuarenta días del ayuno no lo hizo, porque así era voluntad del mismo Señor.

971. Ocupábase otras veces la gran Señora en hacer cánticos de alabanza y loores al Muy Alto, y éstos los hacía o por sí sola en la oración o en compañía de los Santos Ángeles alternando con ellos, y todos estos cánticos eran altísimos en el estilo y profundísimos en el sentido. Acudía otras veces a las necesidades de los prójimos a imitación de su Hijo: visitaba los enfermos, consolaba a los tristes y afligidos y alumbraba a los ignorantes, y a todos los mejoraba y llenaba de gracia y de bienes divinos. Y sólo en el tiempo del ayuno del Señor estuvo cerrada y retirada sin comunicar a nadie, como diré adelante (Cf. infra n. 990). En esta soledad y retiro que estaba nuestra Reina y Maestra divina, sin compañía de humana criatura, fueron los éxtasis más continuos y repetidos, y con ellos recibió incomparables dones y favores de la divinidad, porque la mano del Señor escribía en ella y pintaba, como en un lienzo preparado y dispuesto, admirables formas y dibujos de sus infinitas perfecciones. Y con todos estos dones y gracias trabajaba de nuevo por la salud de los mortales y todo lo aplicaba y convertía a la imitación más llena de su Hijo santísimo y ayudarle como coadjutora en las obras de la Redención. Y aunque estos beneficios y trato íntimo del

Señor no podían estar sin grande y nuevo júbilo y gozo del Espíritu Santo, mas en la parte sensitiva padecía juntamente por lo que había deseado y pedido a imitación de Cristo nuestro Señor, como arriba dije (Cf. supra n. 960). Y en este deseo de seguirle en el padecer era insaciable y lo pedía al Padre Eterno con incesante y ardentísimo amor, renovando el sacrificio tan aceptable de la vida de su Hijo y de la suya, que por la voluntad del mismo Señor había ofrecido; y en este acto de padecer por el Amado era incesante su deseo y ansias en que estaba enardecida y padeciendo porque no padecía.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

972. Hija mía carísima, la sabiduría de la carne ha hecho a los hombres ignorantes, estultos y enemigos de Dios, porque es diabólica, fraudulenta y terrena (Sant 3, 15) y no se sujeta a la divina ley (Rom 8, 7); y cuanto más estudian y trabajan los hijos de Adán por penetrar los malos fines de sus pasiones carnales y animales y los medios para conseguirlos, tanto más ignoran las cosas divinas del Señor para llegar a su verdadero y último fin. **Esta ignorancia y prudencia carnal en los hijos de la Iglesia es más lamentable y más odiosa en los ojos del Altísimo.** ¿Por qué título quieren llamarse los hijos de este siglo hijos de Dios, hermanos de Cristo y herederos de sus bienes? El hijo adoptivo ha de ser en todo lo posible semejante al natural, un hermano no es de linaje ni calidades contrarias a otro, el heredero no se llama así por cualquier parte que le toque de los bienes de su padre si no goza de los bienes y herencia principal. Pues ¿cómo serán herederos con Cristo los que sólo aman, desean y buscan los bienes terrenos y se complacen en ellos? ¿Cómo serán sus hermanos los que degeneran tanto de sus condiciones, de su doctrina y de su ley santa? ¿Cómo serán semejantes y conformes a su imagen los que la borran tantas veces y se dejan sellar muchas

con la imagen de la infernal bestia? (Ap 13, 9)

973. En la divina luz conoces, hija mía, estas verdades y lo que yo trabajé por asimilarme a la imagen del Altísimo, que es mi Hijo y mi Señor. Y no pienses que de balde te he dado este conocimiento tan alto de mis obras, porque mi deseo es que este memorial quede escrito en tu corazón y esté pendiente siempre delante de tus ojos y con él compongas tu vida y regules tus obras todo el tiempo que te restare de vivir, que no puede ser muy larga. Y en la comunicación y trato de criaturas no te embaraces ni enredes para retardarte en mi seguimiento, déjalas, desvíalas, desprecíalas en cuanto pueden impedirte, y para adelantarte en mi escuela te quiero pobre, humilde, despreciada, y abatida y en todo con alegre rostro y corazón. No te pagues de los aplausos y afectos de nadie, ni admitas voluntad humana, que no te quiere el Muy Alto para atenciones tan inútiles ni ocupaciones tan bajas e incompatibles con el estado a donde te llama. Considera con atención humilde las demostraciones de amor que de su mano has recibido y que para enriquecerte ha empleado grandes tesoros de sus dones. No lo ignoran esto Lucifer, sus ministros y secuaces, y están armados de indignación y astucia contra ti y no dejarán piedra que no muevan para destruirte, y la mayor guerra será contra tu interior, adonde asientan la batería de su astucia y sagacidad. Vive prevenida y vigilante y cierra las puertas de tus sentidos y reserva tu voluntad, sin darle salida a cosa humana por buena y honesta que parezca, porque si en algo sisea tu amor de como Dios le quiere, ese poco que le amares menos abrirá puerta a tus enemigos. Todo el reino de Dios está dentro de ti (Lc 17, 21), allí lo tienes y lo hallarás, y el bien que deseas, y no olvides el de mi disciplina y enseñanza, escóndela en tu pecho y advierte que es grande el peligro y daño de que deseo apartarte, y que participes de mi imitación e imagen es el mayor

bien que tú puedes desear, y yo estoy inclinada con entrañas de clemencia para concedértele si te dispones con pensamientos altos, palabras santas y obras perfectas que te lleven al estado en que el Todopoderoso y yo te queremos poner.

CAPITULO 24

Llega el Salvador Jesús a la ribera del Jordán, donde le bautizó San Juan Bautista y pidió también ser bautizado del mismo Señor.

974. Dejando nuestro Redentor a su amantísima Madre en Nazaret y en su pobre morada, sin compañía de humana criatura pero ocupada en los ejercicios de encendida caridad que he referido (Cf. supra n. 971), prosiguió Su Majestad las jornadas hacia el Río Jordán, donde su precursor San Juan Bautista estaba predicando y bautizando cerca de Betania, la que estaba de la otra parte del río y por otro nombre se llamaba Betabara. Y a los primeros pasos que dio nuestro divino Redentor desde su casa levantó los ojos al Eterno Padre y con su ardentísima caridad le ofreció todo lo que de nuevo comenzaba a obrar por los hombres: los trabajos, dolores, pasión y muerte de cruz que por ellos quería padecer, obedeciendo a la voluntad eterna del mismo Padre, y el natural dolor que sintió, como Hijo verdadero y obediente a su Madre, en dejarla y privarse de su dulce compañía que por veinte y nueve años había tenido. Iba el Señor de las criaturas solo, sin aparato, sin ostentación ni compañía, el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores, desconocido y no estimado de sus mismos vasallos, y tan suyos que por sola su voluntad tenían el ser y conservación, y su real recámara era la extrema y suma pobreza y desabrigo.

975. Como los Sagrados Evangelistas dejaron en

silencio estas obras del Salvador y sus circunstancias tan dignas de atención, no obstante que con efecto sucedieron, y nuestro grosero olvido está tan mal acostumbrado a no agradecer las que nos dejaron escritas, por esto no discurrimos ni consideramos la inmensidad de nuestros beneficios y de aquel amor sin tasa ni medida que tan copiosamente nos enriqueció y con tantos vínculos de oficiosa caridad nos quiso atraer a sí mismo. ¡Oh amor eterno del Unigénito del Padre! ¡Oh bien mío y vida de mi alma!, ¡qué mal conocida y peor agradecida es esta vuestra ardentísima caridad! ¿Por qué, Señor y dulce amor mío, tantas finezas, desvelos y penalidades por quien no sólo no habéis menester, pero ni ha de corresponder ni atender a vuestros favores más que si fueran engaño y burla? ¡Oh corazón humano, más rústico y feroz que de una fiera! ¿Quién te endurece tanto? ¿Quién te detiene? ¿Quién te oprime y te hace tan grave y pesado para no caminar al agradecimiento de tu Bienhechor? ¡Oh encanto y fascinación lamentable de los entendimientos de los hombres! ¿Qué letargo tan mortal es éste que padecéis? ¿Quién ha borrado de vuestra memoria verdades tan infalibles y beneficios tan memorables y vuestra propia y verdadera felicidad? Si somos de carne, y tan sensible, ¿quién nos ha hecho más insensibles y duros que los mismos riscos y peñascos inanimados? ¿Cómo no despertamos y recuperamos algún sentido con las voces que dan los beneficios de vuestra Redención? A las palabras de un Profeta, Ezequiel (Ez 37, 1ss), revivieron los huesos secos y se movieron, y nosotros resistimos a las palabras y a las obras del que da vida y ser a todo. Tanto puede el amor terreno, tanto nuestro olvido.

976. Recibid, pues, ahora, oh Dueño mío y lumbre de mi alma, a este vil gusanillo que arrastrando por la tierra sale al encuentro de los hermosos pasos que dais para buscarle, con ellos levantáis en esperanza cierta de

hallar en vos verdad, camino, fineza y vida eterna. No tengo, amado mío, qué ofreceros en retorno sino vuestra bondad y amor y el ser que por él he recibido, menos que vos mismo no puede ser paga de lo infinito que por mi bien habéis hecho. Sedienta de vuestra caridad salgo al camino, no queráis, Señor y Dueño mío, divertir ni apartar la vista de vuestra real clemencia de la pobre a quien buscáis con diligencias solícitas y amorosas. Vida de mi alma y alma de mi vida, ya que no fui tan dichosa que mereciese gozar de vuestra vista corporal en aquel siglo felicísimo, soy a lo menos hija de Vuestra Santa Iglesia, soy parte de este cuerpo místico y congregación santa de fieles. En vida peligrosa, en carne frágil, en tiempos de calamidad y tribulaciones vivo, pero clamo del profundo, suspiro de lo íntimo del corazón por vuestros infinitos merecimientos, y, para tener parte en ellos, la fe santa me los certifica, la esperanza me los asegura y la caridad me da derecho a ellos. Mirad, pues, a esta humilde esclava para hacerme agradecida a tantos beneficios, blanda de corazón, constante en el amor y toda a vuestro agrado y mayor beneplácito.

977. Prosiguió nuestro Salvador el camino para el Río Jordán, derramando en diversas partes sus antiguas misericordias, con admirables beneficios que hizo en cuerpos y almas de muchos necesitados, pero siempre con modo oculto, porque hasta el bautismo no se dio testimonio público de su poder divino y grande excelencia. Antes de llegar a la presencia del Bautista, envió el Señor al corazón del Santo nueva luz y júbilo que mudó y elevó su espíritu, y reconociendo San Juan Bautista estos nuevos efectos dentro de sí mismo, admirado dijo: ¿Qué misterio es éste y qué presagios de mi bien?, porque desde que conocí la presencia de mi Señor en el vientre de mi madre, no he sentido tales efectos como ahora. ¿Si viene por dicha o está cerca de mí el Salvador del mundo? A esta nueva ilustración se

siguió en el Bautista una visión intelectual, donde conoció con mayor claridad el misterio de la unión hipostática en la persona del Verbo, y otros de la redención humana. Y en virtud de esta nueva luz dio los testimonios que refiere el Evangelista San Juan, mientras estaba Cristo nuestro Señor en el desierto y después que salió de él y volvió al Río Jordán: uno a la pregunta de los judíos y otro cuando dijo: *Ecce Agnus Dei* (Jn 1, 36), etc., como adelante diré (Cf. infra n. 1010, 1017). Y aunque el San Juan Bautista había conocido antes grandes sacramentos cuando le mandó el Señor salir a predicar y bautizar, pero en esta ocasión y visión se renovaron y manifestaron con mayor claridad y abundancia y conoció que venía el Salvador del mundo al bautismo.

978. Llegó, pues, Su Majestad entre los demás y pidió a San Juan Bautista le bautizase como a uno de los otros, y el Bautista le conoció y postrado a sus pies deteniéndole le dijo: *Yo he de ser bautizado, ¿y Vos, Señor, venís a pedirme el bautismo?* como lo refiere el Evangelista San Mateo (Mt 3, 14). Respondió el Salvador: *Déjame ahora hacer lo que deseo, que así conviene cumplir toda justicia* (Mt 3, 15). En esta resistencia que intentó el Bautista de bautizar a Cristo nuestro Señor y pedirle el bautismo, dio a entender que le conoció por verdadero Mesías. Y no contradice a esto lo que del mismo Bautista refiere San Juan Evangelista (Jn 1, 33), que dijo a los judíos: *Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que viene el Espíritu Santo y está sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo vi y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios.* La razón de no haber contradicción en estas palabras de San Juan Bautista con lo que dice San Mateo es, porque el testimonio del cielo y la voz del Padre que vino en el Río Jordán sobre Cristo nuestro Señor fue cuando San Juan Bautista tuvo la visión y conocimiento que queda dicho (Cf. supra n. 977), y hasta entonces no había visto a

Cristo ocularmente, y así negó que hasta entonces no le había conocido como entonces le conoció; pero como no sólo le vio corporalmente, sino con la luz de la revelación al mismo tiempo, por eso se postró a sus pies pidiendo el bautismo.

979. Acabando de bautizar San Juan Bautista a Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza y se oyó la voz del Eterno Padre que dijo: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo mi agrado y complacencia (Mt 3, 15)*. Esta voz del cielo oyeron muchos de los circunstantes que no desmerecieron tan admirable favor y vieron asimismo el Espíritu Santo en la forma que vino sobre el Salvador; y fue este testimonio el mayor que pudo darse de la divinidad de nuestro Redentor, así por parte del Padre que le confesaba por Hijo, como por la de la misma testificación, pues por todo se manifestaba que Cristo era Dios verdadero, igual a su Eterno Padre en la sustancia y perfecciones infinitas. Y quiso el Padre ser el primero que desde el cielo testificase la divinidad de Cristo, para que en virtud de su testificación quedasen autorizadas todas cuantas después se habían de dar en el mundo. Tuvo también otro misterio esta voz del Padre, que fue como desempeño que hizo volviendo por el crédito de su Hijo y recompensándole la obra de humillarse al bautismo, que servía al remedio de los pecados, de que el Verbo humanado estaba libre, pues era impecable.

980. Este acto de humillarse Cristo nuestro Redentor a la forma de pecador, recibiendo el bautismo con los que lo eran, ofreció al Padre con su obediencia, y por ella para reconocerse inferior en la naturaleza humana común a los demás hijos de Adán y para instituir con este modo el sacramento del bautismo, que en virtud de sus merecimientos había de lavar los pecados del mundo; y

humillándose el mismo Señor el primero al bautismo de las culpas, pidió y alcanzó del Eterno Padre un general perdón para todos los que le recibiesen y que saliesen de la jurisdicción del demonio y del pecado y fuesen reengendrados en el nuevo ser espiritual y sobrenatural de hijos adoptivos del Altísimo y hermanos del mismo Reparador Cristo nuestro Señor. Y porque los pecados de los hombres, así los pretéritos, presentes y futuros, que tenía presentes el Eterno Padre en la presencia de su sabiduría, impidieran este remedio tan suave y fácil, lo mereció Cristo nuestro Señor de justicia, para que la equidad del Padre le aceptase y aprobase dándose por satisfecho, **aunque conocía cuántos de los mortales en el siglo presente y futuro habían de malograr el bautismo y otros innumerables que no le admitirían.** Todos estos impedimentos y óbices removió Cristo nuestro Señor y como satisfizo, por lo que habían de desmerecer, con sus méritos y humillándose a mostrar forma de pecador siendo inocente y recibiendo el bautismo. Y todos estos misterios comprendieron aquellas palabras que respondió al Bautista: *Deja ahora, que así conviene cumplir toda justicia (Mt 3, 15).* Y para acreditar al Verbo humanado y recompensar su humillación y aprobar el bautismo y sus efectos que había de tener, descendió la voz del Padre y la persona del Espíritu Santo y fue confesado y manifestado por Hijo de Dios verdadero, y conocieron a todas Tres Personas, en cuya forma se había de dar el bautismo.

981. El gran Bautista San Juan fue a quien de estas maravillas y de sus efectos alcanzó entonces la mejor parte, que no sólo bautizó a su Redentor y Maestro y vio al Espíritu Santo y el globo de la luz celestial que descendió del cielo sobre el Señor con innumerable multitud de Ángeles que asistían al bautismo, oyó y entendió la voz del Padre y conoció otros misterios en la visión y revelación que queda dicha; **pero sobre todo esto**

fue bautizado por el Redentor. Y aunque el Evangelio no dice más de que lo pidió (Mt 3, 14) pero tampoco lo niega, porque sin duda Cristo nuestro Señor, después de haber sido bautizado dio a su Precursor el Bautismo (Sacramental) que le pidió y el que Su Majestad instituyó desde entonces, aunque su promulgación general y el uso común lo ordenó después y mandó a los Apóstoles después de resucitado (Mt 28, 19; Mc 16, 15). Y como adelante diré (Cf. infra n. 1030ss), **también bautizó el Señor a su Madre santísima antes de esta promulgación en que declaró la forma del bautismo que había ordenado.** Así lo he entendido, y que San Juan Bautista fue el primogénito del bautismo (Sacramental) de Cristo nuestro Señor y de la nueva Iglesia que fundaba debajo de este gran sacramento, y por él recibió el Bautista el carácter de cristiano y gran plenitud de gracias, aunque no tenía pecado original que se le perdonase, porque ya le había justificado el Redentor antes que naciera el Bautista, como en su lugar queda declarado (Cf. supra n. 218). Y aquellas palabras que respondió el Señor: *Deja ahora, que conviene cumplir toda justicia*, no fue negarle el bautismo, sino dilatarle hasta que Su Majestad fuese bautizado primero y cumpliera con la justicia en la forma que se ha dicho, y luego le bautizó y dio su bendición para irse la Majestad divina al desierto.

982. Volviendo ahora a mi intento y a las obras de nuestra gran Reina y Señora, luego que fue bautizado su Hijo santísimo, aunque tenía luz divina de las acciones de Su Majestad, le dieron noticia de todo lo sucedido en el Río Jordán los Santos Ángeles que asistían al mismo Señor; y fueron de aquellos que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 373) llevaban las señales o divisas de la pasión del Salvador. Por todos estos misterios del bautismo que había recibido y ordenado y la testificación de su divinidad, hizo la prudentísima Madre nuevos himnos y cánticos de alabanza del Altísimo y del Verbo

humanado y de incomparable agradecimiento; y por los actos de humildad y peticiones que hizo el divino Maestro, imítóle ella haciendo otros muchos, acompañándole y siguiéndole en todos. Pidió con fervorosísima caridad por los hombres, para que se aprovecharan del Sacramento del Bautismo y para su propagación por todo el mundo, y sobre estas peticiones y cánticos, que por sí misma hizo, convidó luego a los cortesanos celestiales para que la ayudasen a engrandecer a su Hijo santísimo por haberse humillado a recibir el bautismo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

983. Hija mía, en las muchas y repetidas veces que te manifiesto las obras de mi Hijo santísimo que hizo por los hombres, lo que yo las agradecía y apreciaba, entenderás cuan agradable es al Muy Alto este fidelísimo cuidado y correspondencia de tu parte y los ocultos y grandes bienes que en él se encierran. Pobre eres en la casa del Señor, pecadora, párvula y desvalida como el polvo; mas con todo eso quiero de ti que tomes por tu cuenta el dar incesantes gracias al Verbo humanado por el amor que tuvo a los hijos de Adán y por la ley santa e inmaculada, eficaz y perfecta que les dio para su remedio, y en especial por la institución del Santo Bautismo, con cuya eficacia quedan libres del demonio y reengendrados en hijos del mismo Señor y con gracia que los hace justos y los ayuda para no pecar. Obligación común es ésta de todos, pero cuando las criaturas casi la olvidan, te la intimo yo a ti para que a imitación mía tú la procures agradecer por todos, o como si fueras tú sola deudora; pues a lo menos en otras obras del Señor lo eres, porque con ninguna otra nación se ha mostrado más liberal que lo es contigo, y en la fundación de su Ley Evangélica y Sacramentos estuviesen presente en su memoria y en el amor con que te llamó y eligió para hija

de su Iglesia y alimentarte en ella con el fruto de su sangre.

984. Y si el autor de la gracia, mi Hijo santísimo, para fundar como prudente y sabio artífice su Iglesia evangélica y asentar la primera base de este edificio con el Sacramento del Bautismo, se humilló, oró, pidió y cumplió toda justicia, reconociendo la inferioridad de su humanidad santísima, y siendo Dios por la divinidad no se dedignó de en cuanto hombre abatirse a la nada, de que fue criada su purísima alma y formado el ser humano, ¿cómo te debes humillar tú que has cometido culpas y eres menos que el polvo y la ceniza despreciada? Confiesa que de justicia sólo mereces el castigo y el enojo e ira de todas las criaturas, y que ninguno de los mortales que ofendieron a su Criador y Redentor puede con verdad decir que se le hace agravio o injusticia aunque le sucedan todas las tribulaciones y aflicciones del mundo desde su principio hasta el fin; y pues todos en Adán pecaron, ¿cuánto se deben humillar y sufrir cuando los toque la mano del Señor? Y si tú padecieras todas las penas de los vivientes con humilde corazón y sobre eso ejecutaras con plenitud todo lo que te amonesto, enseñó y mando, siempre debes juzgarte por sierva inútil y sin provecho. Pues ¿cuánto debes humillarte de todo corazón cuando faltas en cumplir lo que debes y quedas tan atrasada en dar este retorno? Y si yo quiero que le des por ti y por los demás, considera bien tu obligación y prepara tu ánimo humillándote hasta el polvo, para no resistir ni darte por satisfecha hasta que el Altísimo te reciba por hija suya y te declare por tal en su divina presencia y vista eterna en la celestial Jerusalén triunfante.

CAPITULO 25

Camina nuestro Redentor del bautismo al desierto,

donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre santísima y le imita en todo perfectamente.

985. Con el testimonio que la suma verdad había dado en el Río Jordán de la divinidad de Cristo nuestro Salvador y Maestro (Cf. supra n. 979), quedó tan acreditada su persona y doctrina que había de predicar, que luego pudo comenzar a enseñarla y darse a conocer con ella y con los milagros, obras y vida que le habían de confirmar, para que todos le conocieran por Hijo natural del Eterno Padre y por Mesías de Israel y Salvador del mundo. Con todo, no quiso el divino Maestro de la santidad comenzar la predicación ni ser reconocido por nuestro Reparador, sin haber alcanzado primero el triunfo de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne, para que después triunfase de los engaños que siempre fraguan, y con las obras de sus heroicas virtudes nos diese las primeras lecciones de la vida cristiana y espiritual y nos enseñase a pelear y vencer en sus victorias, habiendo quebrantado primero con ellas las fuerzas de estos comunes enemigos, para que nuestra flaqueza los hallase más debilitados, si no queríamos entregarnos a ellos y restituírselas con nuestra propia voluntad. Y no obstante que Su Majestad en cuanto Dios era superior infinitamente al demonio y en cuanto hombre tampoco tenía dolo ni pecado (1 Pe 2,22) sino suma santidad y señorío sobre todas las criaturas, quiso como hombre santo y justo vencer los vicios y a su autor, ofreciendo su humanidad santísima al conflicto de la tentación disimulando para esto la superioridad que tenía a los enemigos invisibles.

986. Con el retiro venció Cristo nuestro Señor y nos enseñó a vencer al mundo; que si bien es verdad suele dejar a los que no ha menester para sus fines terrenos y cuando no le buscan tampoco él se va tras ellos, con todo

eso el que de veras le desprecia lo ha de mostrar en alejarse con el afecto y con las obras lo que le fuere posible. Venció también Su Majestad a la carne y enseñónos a vencerla con la penitencia de tan prolijo ayuno con que afligió su cuerpo inocentísimo, aunque no tenía rebeldía para el bien, ni pasiones que le inclinasen al mal. Y al demonio venció con la doctrina y verdad como adelante diré (Cf. infra n. 997), porque todas las tentaciones de este padre de la mentiría suelen venir disfrazadas y vestidas con doloso engaño. Y el salir a la predicación y darse a conocer al mundo, no antes sino después de estos triunfos que alcanzó nuestro Redentor, es otra enseñanza y desengaño del peligro que corre nuestra fragilidad en admitir las honras del mundo, aunque sean por favores recibidos del cielo, cuando no estamos muertos a las pasiones y tenemos vencidos a nuestros comunes enemigos; porque si el aplauso de los hombres no nos halla mortificados, pero con enemigos domésticos dentro de nosotros, poca seguridad tendrán los favores y beneficios del Señor, pues hasta los más pesados montes suele trasegar este viento de la vanagloria del mundo. Lo que a todos nos toca es conocer que tenemos el tesoro en vasos frágiles (2 Cor 4, 7), que cuando Dios quisiere engrandecer la virtud de su nombre en nuestra flaqueza Él sabe con qué medios la ha de asegurar y sacar a luz sus obras; a nosotros sólo el recato nos incumbe y pertenece.

987. Prosiguió Cristo nuestro Señor desde el Río Jordán su camino al desierto, sin detenerse en él, después que se despidió del Bautista, y solos le asistieron y acompañaron los Ángeles, que como a su Rey y Señor le servían y veneraban con cánticos de loores divinos por las obras que iba ejecutando en remedio de la humana naturaleza. Llegó al puesto que en su voluntad llevaba prevenido, que era un despoblado entre algunos riscos y peñas secas, y entre ellas estaba una caverna o cueva

muy oculta donde hizo alto y la eligió por su posada para los días de su santo ayuno. Postróse en tierra con profundísima humildad y pegóse con ella, que era siempre el proemio de que usaban Su Majestad y la beatísima Madre para comenzar a orar; confesó al Eterno Padre y le dio gracias por las obras de su divina diestra y haberle dado por su beneplácito aquel puesto y soledad acomodado para su retiro, y al mismo desierto agradeció en su modo, con aceptarle, el haberle recibido para guardarle escondido del mundo el tiempo que convenía lo estuviese. Continuó Su Majestad la oración puesto en forma de cruz, y ésta fue la más repetida ocupación que en el desierto tuvo, pidiendo al Eterno Padre por la salvación humana, y algunas veces en estas peticiones sudaba sangre, por la razón que diré cuando llegue a la oración del huerto.

988. Muchos animales silvestres de aquel desierto vinieron a donde estaba su Criador, que algunas veces salía por aquellos campos, y allí con admirable instinto le reconocían y como en testimonio de esto daban bramidos y hacían otros movimientos; pero muchas más demostraciones hicieron las aves del cielo, que vinieron gran multitud de ellas a la presencia del Señor, y con diversos y dulces cantos le manifestaban gozo y le festejaban a su modo e insinuaban agradecimiento de verse favorecidas con tenerle por vecino del yermo y que le dejase santificado con su presencia real y divina, Comenzó Su Majestad el ayuno sin comer cosa alguna por los cuarenta días que perseveró en él, y le ofreció al eterno Padre para recompensa de los desórdenes y vicios que los hombres habían de cometer con el de la gula, aunque tan vil y abatido pero muy admitido y aun honrado en el mundo a cara descubierta; y al modo que Cristo nuestro Señor venció este vicio, venció todos los demás y recompensó las injurias que con ellos recibía el supremo Legislador y Juez de los hombres. Y según la

inteligencia que se me ha dado, para entrar nuestro Salvador en el oficio de predicador y maestro y para hacer el de Medianero y Redentor acerca del Padre, fue venciendo todos los vicios de los mortales y recompensando sus ofensas con el ejercicio de las virtudes tan contrarias al mundo, que con el ayuno recompensó nuestra gula, y aunque esto hizo por toda su vida santísima con su ardentísima caridad, pero especialmente destinó sus obras de infinito valor para este fin mientras ayunó en el desierto.

989. Y como un amoroso padre de muchos hijos que han cometido todos grandes delitos, por los cuales merecían horribles castigos, va ofreciendo su hacienda para satisfacer por todos y reservar a los hijos delincuentes de la pena que debían recibir, así nuestro amoroso Padre y Hermano Jesús pagaba nuestras deudas y satisfacía por ellas: singularmente, en recompensa de nuestra soberbia ofreció su profundísima humildad; por nuestra avaricia, la pobreza voluntaria y desnudez de todo lo que era propio suyo; por las torpes delicias de los hombres ofreció su penitencia y aspereza, y por la ira y venganza, su mansedumbre y caridad con los enemigos; por nuestra pereza y tardanza, su diligentísima solicitud, y por las falsedades de los hombres y sus envidias ofreció en recompensa la candidísima y columbina sinceridad, verdad y dulzura de su amor y trato. Y a este modo iba aplacando el justo Juez y solicitando el perdón para los hijos bastardos inobedientes, y no sólo les alcanzó el perdón sino que les mereció nueva gracia, dones y auxilios, para que con ellos mereciésemos su eterna compañía y la vista de su Padre y suya, en la participación y herencia de su gloria por toda la eternidad. Y cuando todo esto lo pudo conseguir con la menor de sus obras, no hizo lo que nosotros hiciéramos, antes superabundó su amor en tantas demostraciones, para que no tuviera excusa nuestra ingratitud y dureza.

990. Para dar noticia de todo lo que hacía el Salvador, a su beatísima Madre pudiera bastar la divina luz y continuas visiones y revelaciones que tenía, pero sobre ellas añadía su amorosa solicitud las ordinarias legacías que con los Santos Ángeles enviaba a su Hijo santísimo. Y esto disponía el mismo Señor para que por medio de tan fieles embajadores oyesen recíprocamente los sentidos de los dos las mismas razones que formaban sus corazones, y así las referían los Ángeles y con las mismas palabras que salían de la boca de Jesús para María y de ella para Jesús, aunque por otro modo las tenía ya entendidas y sabidas el mismo Señor y también su santísima Madre. Luego que la gran Señora tuvo noticia de que estaba nuestro Salvador en el camino del desierto y de su intento, cerró las puertas de su casa, sin que nadie entendiera que estaba en ella, y fue tal su recato en este retiro, que los mismos vecinos pensaron se había ausentado como su Hijo santísimo. Recogióse a su oratorio y en él estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin salir de allí y sin comer cosa alguna, como sabía que tampoco lo hacía su Hijo santísimo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno. En las demás operaciones, oraciones, peticiones, postraciones y genuflexiones imitó y acompañó también al Señor sin dejar alguna; y lo que es más, que las hacía todas al mismo tiempo, porque para esto se desocupó de todo y fuera de los avisos que le daban los Ángeles lo conocía con aquel beneficio, que otras veces he referido (Cf. supra n. 481, 534, etc.), de conocer todas las operaciones del alma de su Hijo santísimo —que éste le tuvo cuando estaba presente y ausente— y las acciones corporales, que antes conocía por los sentidos cuando estaban juntos, después las conocía por visión intelectual estando ausente o se las manifestaban los Ángeles Santos.

991. Mientras nuestro Salvador estuvo en el desierto

hacía cada día trescientas genuflexiones y postraciones y otras tantas hacía la Reina Madre en su oratorio, y el tiempo que le restaba le ocupaba de ordinario en hacer cánticos con los Ángeles, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 982). Y en esta imitación de Cristo nuestro Señor cooperó la divina Reina a todas las oraciones e impetraciones que hizo el Salvador y alcanzó las mismas victorias de los vicios y respectivamente los recompensó con sus heroicas virtudes y con los triunfos que ganó con ellas; de manera que si Cristo como Redentor nos mereció tantos bienes y recompensó y pagó nuestras deudas condignísimamente, María santísima como su coadjutora y Madre nuestra interpuso su misericordiosa intercesión con él y fue medianera cuanto era posible a pura criatura.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

992. Hija mía, las obras penales del cuerpo son tan propias y legítimas a la criatura mortal, que la ignorancia de esta verdad y deuda y el olvido y desprecio de la obligación de abrazar la cruz tiene a muchas almas perdidas y a otras en el mismo peligro. El primer título por que los hombres deben afligir y mortificar su carne es por haber sido concebidos en pecado, y por él quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasiones rebeldes a la razón, inclinadas al mal y repugnando al espíritu (Rom 7, 23), y dejándolas seguir su propensión llevan al alma precipitándola de un vicio en otros muchos; pero si esta fiera se refrena y sujeta con el freno de la mortificación y penalidades, pierde sus bríos y tiene superioridad la razón y la luz de la verdad. El segundo título es, porque ninguno de los mortales ha dejado de pecar contra Dios eterno y a la culpa indispensablemente ha de corresponder la pena y el castigo o en esta vida o en la otra; y, pecando juntos alma y cuerpo, en toda rectitud de justicia han de ser castigados entrambos y no

basta el dolor interior si por no padecer se excusa la carne de la pena que le corresponde; y como la deuda es tan grande y la satisfacción del reo tan limitada y escasa y no sabe cuándo tendrá satisfecho al Juez aunque trabaje toda la vida, por eso no debe descansar hasta el fin de ella.

993. Y aunque sea tan liberal la divina clemencia con los hombres, que si quieren satisfacer por sus pecados con la penitencia en lo poco que pueden, no sólo se da Su Majestad por satisfecho de las ofensas recibidas, sino que sobre esto se quiso obligar con su palabra a darles nuevos dones y premios eternos, pero los siervos fieles y prudentes que de verdad aman a su Señor han de procurar añadir otras obras voluntarias; porque el deudor que sólo trata de pagar y no hacer más de lo que debe, si nada le sobra, aunque pague queda pobre y sin caudal, pues ¿qué deben hacer o esperar los que ni pagan ni hacen obras para esto? El tercer título, y que más debía obligar a las almas, es imitar y seguir a su divino Maestro y Señor; y aunque sin tener culpas ni pasiones mi Hijo santísimo y yo nos sacrificamos al trabajo y fue toda nuestra vida una continua aflicción de la carne y mortificación, y así convenía que el mismo Señor entrase en la gloria (Lc 24, 26) de su cuerpo y de su nombre y que yo le siguiese en todo; pues si esto hicimos nosotros, porque era razón, ¿cuál es la de los hombres en buscar otro camino de vida suave y blanda, deleitosa y gustosa, y dejar y aborrecer todas las penas, afrentas, ignominias, ayunos y mortificaciones, y que sea sólo para padecerlas Cristo mi Hijo y Señor, y para mí, y que los reos, deudores y mercedores de las penas, estén mano sobre mano entregados a las feas inclinaciones de la carne, y que las potencias que recibieron para emplearlas en servicio de Cristo mi Señor y su imitación las apliquen al obsequio de sus deleites y del demonio que los introdujo? Este absurdo tan general entre los hijos de Adán tiene muy

irritada la indignación del justo Juez.

994. Verdad es, hija mía, que con las penas y aflicciones de mi santísimo Hijo se recuperaron las menguas de los merecimientos humanos, y para que yo, que era pura criatura, cooperase con Su Majestad como haciendo las veces de todas las demás, ordenó que le imitase perfecta y ajustadamente en sus penas y ejercicios; pero esto no fue para excusar a los hombres de la penitencia, antes para provocarlos a ella, pues para sólo satisfacer por ellos no era necesario padecer tanto. Y también quiso mi Hijo santísimo, como verdadero padre y hermano, dar valor a las obras y penitencias de los que le siguiesen, porque todas las operaciones de las criaturas son de poco aprecio en los ojos de Dios si no le recibieran de las que hizo mi Hijo santísimo. Y si esto es verdad en las obras enteramente virtuosas y perfectas, ¿qué será de las que llevan consigo tantas faltas y menguas, y aunque sean materia de virtudes, como de ordinario las hacéis los hijos de Adán, pues aun los más espirituales y justos tienen mucho que suplir y enmendar en sus obras? Todos estos defectos llenaron las obras de Cristo mi Señor, para que el Padre las recibiese con las suyas; pero quien no trata de hacer algunas, sino que se está mano sobre mano ocioso, tampoco puede aplicarse las de su Redentor, pues con ellas no tiene qué llenar y perfeccionar, sino muchas que condenar. Y no te digo ahora, hija mía, el execrable error de algunos fieles que en las obras de penitencia han introducido la sensualidad y vanidad del mundo, de manera que merecen mayor castigo por la penitencia que por otros pecados, pues juntan a las obras penales fines vanos e imperfectos, olvidando los sobrenaturales que son los que dan mérito a la penitencia y vida de gracia al alma. En otra ocasión, si fuere necesario, te hablaré en esto; ahora queda advertida para llorar esta ceguera y enseñada para trabajar, pues cuando fuera tanto como los Apóstoles,

Mártires y Confesores, todo lo debes, y siempre has de castigar tu cuerpo y extenderte a más y pensar que te falta mucho, y más siendo la vida tan breve y tú tan débil para pagar.

CAPITULO 26

Permite Cristo nuestro Salvador ser tentado de Lucifer después del ayuno, véncelo Su Majestad y tiene noticia de todo su Madre santísima.

995. En el capítulo 20 de este libro, número 937, queda advertido cómo Lucifer salió de las cavernas infernales a buscar a nuestro divino Maestro para tentarle, y que Su Majestad se le ocultó hasta el desierto, donde después del ayuno de casi cuarenta días dio permiso para que llegase el tentador, como dice el evangelio (Mt 4, 1). Llegó al desierto y viendo solo al que buscaba se alborozó mucho, porque estaba sin su Madre santísima a quien él y sus ministros de tinieblas llamaban su enemiga por las victorias que contra ellos alcanzaba; y como no habían entrado en batalla con nuestro Salvador, presumía la soberbia del Dragón que, ausente la Madre santísima, tenía el triunfo del Hijo seguro. Pero llegando a reconocer de cerca al combatiente, sintieron todos gran temor y cobardía, no porque le reconociesen por Dios verdadero, que de esto no tenían sospechas viéndole tan despreciado, ni tampoco por haber probado con él sus fuerzas, que sólo con la divina Señora las habían estrenado; pero el verle tan sosegado, con semblante tan lleno de majestad y con obras tan cabales y heroicas, les puso gran temor y quebranto, porque no eran aquellas acciones y condiciones como las ordinarias de los demás hombres, a quienes tentaban y vencían fácilmente. Y confirmando este punto Lucifer con sus ministros, les dijo: ¿Qué hombre es éste tan severo para los vicios de que nosotros nos valemos contra los demás?

Si tiene tan olvidado el mundo, tan quebrantada y sujeta su carne, ¿por dónde entraremos a tentarle? ¿O cómo esperaremos la victoria, si nos ha quitado las armas con que hacemos la guerra a los hombres? Mucho desconfío de esta batalla.—Tanto vale y tanto puede como esto el desprecio de lo terreno y el rendimiento de la carne, que da terror al demonio y a todo el infierno, y no se levantara tanto su soberbia, si no hallara a los hombres rendidos a estos infelices tiranos antes que llegara a tentarlos.

996. Dejó Cristo nuestro Salvador a Lucifer en su engaño de que le juzgase por puro hombre, aunque muy justo y santo, para que con esto adelantase su esfuerzo y malicia para la batalla, como lo hace cuando reconoce estas ventajas en los que quiere tentar. Y esforzándose el Dragón con su misma arrogancia, se comenzó el duelo en aquella campaña del desierto con la mayor valentía que antes ni después se verá otro en el mundo entre hombres y demonios; porque Lucifer y sus aliados estrenaron todo su poder y malicia, provocándoles su misma ira y furor contra la virtud superior que reconocía en Cristo nuestro Señor; aunque Su Majestad altísima atemperó sus acciones con suma sabiduría y bondad infinita, y con equidad y peso ocultó la causa original de su poder infinito, y manifestando el que bastaba con la santidad de hombre para ganar las victorias de sus enemigos. Y para entrar como hombre en la batalla hizo oración al Padre en lo superior del espíritu, a donde no llega la noticia del demonio, y dijo a Su Majestad: Padre mío y Dios eterno, con mi enemigo entro en la batalla para quebrantar sus fuerzas y soberbia contra Vos y contra mis queridas las almas; y por Vuestra gloria y su bien quiero sujetarme a sufrir la osadía de Lucifer y quebrantarle la cabeza de su arrogancia, para que la hallen vencida los mortales cuando sean tentados de esta serpiente, si por

su culpa no se entregaren a él. Suplicóos, Padre mío, Os acordéis de mi pelea y victoria, cuando los mortales sean afligidos del enemigo común, y que alentéis su flaqueza para que en virtud de este triunfo le consigan ellos y con mi ejemplo se animen y conozcan el modo de resistir y vencer a sus enemigos.

997. A la vista de esta batalla estaban los espíritus soberanos ocultos por la disposición divina, para que no los viese Lucifer y entendiese ni rastrease entonces algo del poder divino de Cristo Señor nuestro, y todos daban gloria y alabanza al Padre y al Espíritu Santo, que en las admirables obras del Verbo humanado se complacían; y también de su oratorio lo miraba la beatísima María Señora nuestra, como diré luego (Cf. infra n.. 1001). Y cuando comenzó la tentación era el día treinta y cinco del ayuno y soledad de nuestro Salvador y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio. Manifestóse Lucifer, representándose en forma humana, como si antes no le hubiera visto y conocido, y la forma que tomó para su intento fue transformándose en apariencia muy refulgente como Ángel de luz; y reconociendo y pensando que el Señor con tan largo ayuno estaba hambriento, le dijo: *Si eres Hijo de Dios, conviérte estas piedras en pan con tu palabra* (Mt 4, 3). Propúsole si era Hijo de Dios, porque esto era lo que más cuidado le podía dar y deseaba algún indicio para reconocerlo, pero el Salvador del mundo le respondió sólo a las palabras: *No vive el hombre con solo pan, sino también con la palabra que procede de la boca de Dios* (Mt 4, 4); y tomó el Salvador estas palabras del capítulo 8 del Deuteronomio (Dt 8, 3). Pero el demonio no penetró el sentido en que las dijo el Señor, porque las entendió Lucifer que sin pan ni alimento corporal podía Dios sustentar la vida del hombre. Pero aunque esto era verdad y también lo significaban las palabras, el sentido del divino Maestro comprendió más, porque fue decirle:

Este hombre con quien tú hablas vive en la Palabra de Dios, que es Verbo divino, a quien hipostáticamente está unido; y aunque deseaba saber esto mismo el demonio, no mereció entenderlo, porque no quiso adorarlo.

998. Hallóse atajado Lucifer con la fuerza de esta respuesta y con la virtud que llevaba oculta, pero no quiso mostrar flaqueza ni desistir de la pelea. Y el Señor con su permisión dio lugar a que prosiguiese en ella y le llevase a Jerusalén, donde le puso sobre el pináculo del templo, donde se descubría gran número de gente, sin ser visto el Señor de ninguno. Y propúsole que si le viesen caer de tan alto sin recibir lesión, le aclamaran por grande, milagroso y santo; y luego, valiéndose también de la Escritura, le dijo: *Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; que está escrito: Los ángeles te llevarán en palmas, como se lo ha mandado Dios, y no recibirás daño alguno (Mt 4, 6)*. Acompañaban a su Rey los espíritus soberanos, admirados de la permisión divina en dejarse llevar corporalmente por manos de Lucifer, sólo por beneficio que de ello había de resultar a los hombres. Con el príncipe de las tinieblas fueron innumerables demonios a aquel acto, porque este día quedó el infierno casi despoblado de ellos para acudir a esta empresa. Respondió el Autor de la sabiduría: *También está escrito: No tentarás a tu Dios y Señor (Mt 4, 7)*. En estas respuestas estaba el Redentor del mundo con incomparable mansedumbre, profundísima humildad y tan superior al demonio en la majestad y entereza, que con esta grandeza y no verle en nada turbado, se turbó más aquella indomestica soberbia de Lucifer y le fue de nuevo tormento y opresión.

999. Pero con todo eso intentó otro nuevo ingenio de acometer al Señor del mundo por ambición, ofreciéndole alguna parte de su dominio; y para esto le llevó a un alto monte, donde se descubrían muchas

tierras, y alevosa y atrevidamente le dijo: *Todas estas cosas que están a tu vista te daré, si postrado en tierra me adorares (Mt 4, 9)*. ¡Exorbitante arrogancia y más que insania, mentira y alevosía falsa, porque ofreció lo que no tenía, ni podía dar a nadie; pues la tierra, los orbes, los reinos, principados, tesoros y riquezas, todo es del Señor, y Su Majestad lo da y lo quita a quien y cuando es servido y conviene; pero nunca pudo ofrecer Lucifer bien alguno que fuera suyo, aun de los bienes terrenos y temporales, y por esto son falaces todas sus promesas. A ésta que le hizo a nuestro Rey y Señor, respondió Su Majestad con imperioso poder: *Vete de aquí, Satanás, que escrito está: A tu Dios y Señor adorarás y a él sólo servirás (Mt 4, 10)*. En aquella palabra, *vete Satanás*, que dijo Cristo nuestro Redentor, quitó al demonio el permiso que le había dado para tentarle y con imperio poderoso dio con Lucifer y todas sus cuadrillas de mal en lo más profundo del infierno, y allí estuvieron pegados y amarrados en las más hondas cavernas por espacio de tres días sin moverse, porque no podían. Y después que se les permitió levantarse, hallándose tan quebrantados y sin fuerzas, comenzaron a sospechar que quien los había aterrado y vencido daba indicios de ser el Hijo de Dios humanado, y en estos recelos perseveraron con variedad, sin atinar del todo con la verdad hasta la muerte del Salvador. Pero despechábase Lucifer por lo mal que se había entendido en esta demanda y en su propio furor se deshacía.

1000. Nuestro divino vencedor Cristo confesó al Eterno Padre y le engrandeció con divinos cánticos, con loores y hacimiento de gracias por el triunfo que le había dado del enemigo común del linaje humano; y con gran multitud de espíritus soberanos, que le cantaban dulces cánticos por esta victoria, fue restituido al desierto, y entonces le llevaban en sus palmas, aunque no lo había menester usando de su propia virtud, pero le era debido

aquel obsequio de los Ángeles, como en recompensa de la audacia de Lucifer en atreverse a llevar al pináculo del templo y al monte aquella humanidad santísima, donde estaba la divinidad sustancial y verdaderamente. No pudiera caer en humano pensamiento que Cristo nuestro Señor hubiera dado tal permiso a Satanás, si no lo dijera el Evangelio; pero no sé cuál sea causa de mayor admiración para nosotros, que consintiese ser traído de una parte a otra por Lucifer que no le conocía, o ser vendido por Judas Iscariotes y dejarse recibir sacramentado de aquel mal discípulo y de tantos fieles pecadores, que conociéndole por su Dios y Señor le reciben tan injuriosamente. Lo que de cierto debe admirarnos es que lo uno y lo otro lo permitiese y lo permita ahora por nuestro bien y por obligarnos y traernos a sí con la mansedumbre y paciencia de su amor. ¡Oh dulcísimo Dueño mío, y qué suave, benigno y misericordioso sois para las almas! Con amor bajasteis del cielo a la tierra por ellas, padecisteis y disteis la vida para su salvación; con misericordia las aguardáis y toleráis, las llamáis, buscáis y recibís, entráis en su pecho y sois todo para ellas y las queréis para Vos; y lo que me traspasa el alma y rompe el corazón es que, atrayendonos vuestro verdadero afecto, huimos de Vos y a tan grande fineza correspondemos con ingratitudes. ¡Oh amor inmenso de mi dulce Dueño tan mal pagado y agradecido! Dad, Señor, lágrimas a mis ojos para llorar causa tan digna de ser lamentada y ayúdenme todos los justos de la tierra. Restituido Su Majestad al desierto, dice el Evangelio (Mt 4, 11) que los Ángeles le administraban y servían, porque al fin de estas tentaciones y del ayuno le sirvieron un manjar celestial para que comiese, como lo hizo, y cómo con este divino alimento recobró nuevas fuerzas naturales su sagrado cuerpo; y no sólo le asistieron a esta comida los Santos Ángeles y le dieron la enhorabuena, pero las aves de aquel desierto acudieron también a recrear los sentidos

de su Criador humanado con cánticos y vuelos muy graciosos y concertados, y a su modo lo hicieron también las fieras de la montaña, desnudándose de su fiereza y formando agradables meneos y bramidos en reconocimiento de su Señor.

1001. Volvamos a Nazaret donde en su oratorio estaba la Princesa de los Ángeles atenta al espectáculo de las batallas de su Hijo santísimo, mirándolas con divina luz por el modo que he dicho (Cf. supra n. 982), y recibiendo juntamente continuas embajadas con sus mismos ángeles, que iban y venían con ellas al Salvador del mundo. Hizo la divina Señora las mismas oraciones que su Hijo santísimo y al mismo tiempo, para entrar en el conflicto de la tentación, y peleó juntamente con el Dragón, aunque invisiblemente y en espíritu, y desde su retiro, anatematizó a Lucifer y sus secuaces y los quebrantó, cooperando en todo con las acciones de Cristo nuestro Señor en favor nuestro. Y cuando conoció que el demonio llevaba al Señor de una parte a otra, lloró amargamente, porque la malicia del pecado obligaba a tal permisión y dignación del Rey de los reyes y Señor de los señores. Y en todas las victorias que alcanzaba del demonio hizo nuevos cánticos y loores a la divinidad y humanidad santísima, y estos mismos le cantaron los Ángeles al Señor, y con ellos le envió la gran Reina la enhorabuena del vencimiento y beneficio que con Él hacía a todo el linaje humano, y Su Majestad por medio de los mismos embajadores la consoló y dio también la enhorabuena de lo que había hecho y trabajado con Lucifer, imitando y acompañando a Su Majestad.

1002. Y porque, habiendo sido compañera fiel y partícipe del trabajo y del ayuno, era justo que lo fuese también en el consuelo, la envió el amantísimo Hijo de la comida que los Ángeles le habían servido, y les mandó la llevasen y administrasen a su Madre santísima; y fue

cosa admirable que gran multitud de las mismas aves que asistían a la vista del Señor se fueron tras los Ángeles a Nazaret, aunque con más tardo vuelo pero muy ligero, y entraron en casa de la gran Reina y Señora del cielo y tierra, y cuando estaba comiendo el manjar que su Hijo santísimo le había remitido con los Ángeles, se presentaron a ella con los mismos cánticos y gorjeos que habían hecho en presencia del Salvador. Comió la divina Señora de aquel manjar celestial, ya mejorado en todo, por venir de mano del mismo Cristo y bendito por ella, y con este alimento quedó recreada y fortalecida en los efectos de tan largo y abstigente ayuno. Dio gracias al Todopoderoso y humillóse hasta la tierra, y fueron tales y tantos los actos heroicos de virtudes en que se ejercitó esta gran Reina en el ayuno y en las tentaciones de Cristo, que no es posible reducir a palabras lo que vence a nuestro discurso y capacidad; verémoslo en el Señor cuando le gocemos, y entonces le daremos la gloria y alabanza por tan inefables beneficios que le debe todo el linaje humano.

Pregunta que hice a la Reina del cielo María santísima.

1003. Reina de todos los cielos y Señora del universo, la dignación de vuestra clemencia me da confianza para que como a mi Maestra y Madre de la sabiduría os proponga una duda que se me ofrece, sobre lo que en éste y otros capítulos (Cf. supra n. 634, 706) me ha manifestado vuestra divina luz y enseñanza de este manjar celestial que los Santos Ángeles administraron a nuestro Salvador en el desierto, que entiendo sería de la misma condición de otros de quien tengo entendido y escrito sirvieron a Su Majestad y a Vos en algunas ocasiones que por la disposición del mismo Señor Os faltaba el alimento común de la tierra. Y le he llamado manjar celestial, porque no he tenido otros términos para explicarme; y no sé si éstos son a propósito, porque dudo

de dónde venía esta comida y qué calidad tenía, y en el cielo no entiendo haya manjares para alimentar los cuerpos, pues allá no será necesario este modo de vida y alimento terreno. Y aunque los sentidos tengan en los Bienaventurados algún objeto deleitable y sensible, y el gusto sienta algún sabor como los demás, juzgo que no es esto por comida ni alimento, sino por otro modo de redundancia de la gloria del alma, que participará el cuerpo y sus sentidos, por admirable modo cada uno, según su natural condición sensitiva, sin la imperfección y grosería que tienen ahora en la vida mortal los sentidos y las operaciones y sus objetos. De todo esto deseo ser enseñada, como ignorante, de vuestra piadosa y maternal dignación.

Respuesta y doctrina de la divina Señora.

1004. Hija mía, bien has dudado, porque es verdad que en el cielo no hay manjares ni alimento material, como lo has entendido y declarado, pero el manjar que los Ángeles administraron a mi Hijo santísimo y a mí en la ocasión que has escrito, con propiedad le llamas celestial; y este término te di yo para que lo declarases, porque la virtud de aquel alimento se la dieron del cielo y no de la tierra, donde todo es grosero, muy material y limitado. Y para que entiendas la condición de aquel manjar y el modo con que le forma la divina Providencia, debes advertir que cuando su dignación disponía alimentarnos y suplir la falta de otra comida con ésta que milagrosamente nos enviaba con los Santos Ángeles por voluntad del mismo Señor, usaba de alguna cosa material, que la más ordinaria era agua, por su claridad y simplicidad y porque el Señor para estos milagros no quiere cosas muy compuestas, otras veces era pan y algunas frutas; y a cualquiera de estas cosas daba el poder divino tal virtud y sabor, que excedía como el cielo de la tierra a todos los manjares, regalos y gustos de la

tierra, y no hay en ella a qué lo comparar, porque todo es insípido y sin virtud en comparación de este manjar del cielo. Y para que lo entiendas mejor te servirán los ejemplos siguientes: el primero, del pan subcinericio (3 Re 19, 6) que dio a Elias, y era de tal virtud que le confortó para caminar hasta el monte Oreb. El segundo, del maná, que se llama pan de ángeles, porque ellos le preparaban cuajando el vapor de la tierra (Ex 16, 14) y así condensado y dividido en forma de granos le derramaban en ella, y tenía tanta variedad de sabores, como dicen las Escrituras, y su virtud era muy poderosa para alimentar el cuerpo. El tercer ejemplo es el milagro que hizo mi Hijo santísimo en las bodas de Cana, convirtiendo el agua en vino y dando tan excelente sabor y virtud al vino, como parece de la admiración que tuvieron los que le gustaron (Jn 2, 10).

1005. A este modo el poder divino daba virtud y gusto o sabor sobrenatural al agua, o la convertía en otro licor suavísimo y delicado, y la misma virtud daba al pan o fruta, dejándolo todo más espiritualizado; y esta comida alimentaba el cuerpo y deleitaba el sentido y reparaba las fuerzas con admirable modo, dejando a la flaqueza humana corroborada, ágil y pronta para las obras penales, y esto era sin hastío ni gravamen del cuerpo. De esta condición fue la comida que sirvieron los Ángeles a mi Hijo santísimo después del ayuno y la que entonces y en otras ocasiones recibimos con mi esposo San José, que también la participaba; y con algunos amigos y siervos del Altísimo ha mostrado Su Majestad esta liberalidad, regalándolos con semejantes manjares, aunque no tan frecuentemente ni con tantas circunstancias milagrosas como sucedió con nosotros. Con esto respondo a tu duda. Advierte ahora la doctrina perteneciente a este capítulo.

1006. Y para que mejor se entienda lo que en él has escrito, quiero que adviertas tres motivos que tuvo mi Hijo

santísimo, entre otros, para entrar en batalla con Lucifer y sus ministros infernales, porque esta inteligencia te dará mayor luz y esfuerzo contra ellos. El primero fue destruir el pecado y la semilla que por la caída de Adán sembró este enemigo en la naturaleza humana con los siete vicios capitales, soberbia, avaricia, lujuria y los demás, que son las siete cabezas de este dragón. Y porque fue arbitrio de Lucifer que para cada uno de estos siete pecados estuviese destinado un demonio que fuese como presidente de los demás, para hacer guerra a los hombres con estas armas, distribuyéndolas entre sí mismos y destinándose los mismos enemigos a tentar con ellas y pelear con este orden confuso de que hablaste en la primera parte (Cf supra p. I n. 103), por esto mi Hijo santísimo entró en batalla con todos estos príncipes de tinieblas y los venció y quebrantó las fuerzas a todos con el poder de sus virtudes. Y aunque en el Evangelio sólo de tres tentaciones se hace mención, porque fueron más visibles y manifiestas, pero a más se extendió la batalla y el triunfo, porque a todos estos principales demonios y sus vicios venció Cristo mi Señor; y a sus vicios, la soberbia con su humildad, la ira con su mansedumbre, la avaricia con el desprecio de las riquezas, y a este modo los otros vicios y pecados capitales. Y el mayor quebranto y cobardía que cobraron estos enemigos la tuvieron después que conocieron al pie de la cruz con certeza que era Verbo humanado el que los había vencido y oprimido; y con esto desconfiaron mucho —como diré adelante (Cf. infra n. 1419, 1423)— de entrar en batalla con los hombres, si ellos se aprovecharan de la virtud y victorias de mi Hijo santísimo.

1007. El segundo motivo de su pelea fue obedecer al Eterno Padre, que no sólo le mandó morir por los hombres y redimirlos con su pasión y muerte, sino también que entrase en este conflicto con los demonios y los venciese con la fuerza espiritual de sus incomparables virtudes. El

tercero, y consiguiente a éstos, fue dejar a los hombres el ejemplar y enseñanza para vencer y triunfar de sus enemigos, y que ninguno de los mortales extrañase el ser tentado y perseguido de ellos, y todos tuviesen ese consuelo en sus tentaciones y peleas, que primero las padeció su Redentor y Maestro en sí mismo, aunque en algún modo fueron diferentes, pero en sustancia fueron las mismas y con mayor fuerza y malicia de Satanás. Permitió Cristo mi Señor que Lucifer estrenase el furor de sus fuerzas con Su Majestad, para que su potencia divina se las quebrantase y quedasen más débiles para las guerras que habían de hacer a los hombres, y ellos le venciesen con más facilidad si se aprovechaban del beneficio que en esto les hacía su Redentor.

1008. Todos los mortales necesitan de esta enseñanza, si han de vencer al demonio, pero tú, hija mía, más que muchas generaciones, porque la indignación de este dragón es grande contra ti, y tu naturaleza flaca para resistir si no te vales de mi doctrina y de este ejemplar. En primer lugar has de tener vencidos al mundo y a la carne: a ésta, mortificándola con prudente rigor, y al mundo, huyendo y retirándote de criaturas al secreto de tu interior; y entrambos juntos estos dos enemigos los vencerás con no salir de él, ni perder de vista el bien y luz que allí recibes y no amar cosa alguna visible más de lo que permite la caridad bien ordenada. Y en esto te renuevo la memoria y el precepto estrechísimo que muchas veces te he puesto (Cf. supra p.I n. 644; p. II n. 230, 253, 303, 487, 680, etc.); porque te dio el Señor natural para no amar poco, y queremos que esta condición se consagre toda por entero y con plenitud a nuestro amor, y a un solo movimiento de los apetitos no has de consentir con la voluntad por más leve que parezca, ni una acción de tus sentidos has de admitir si no fuere para la exaltación del Altísimo y para hacer o

padecer algo por su amor y bien de tus prójimos. Y si en todo me obedeces, yo haré que seas guarnecida y fortalecida contra este cruel dragón, para que pelees las guerras del Señor, y penderán de ti mil escudos (Cant 4, 4) con que puedas defenderte y ofenderle. Pero siempre estarás advertida de valerte contra él de las palabras sagradas y de la divina Escritura, no atravesando razones ni muchas palabras con tan astuto enemigo; porque las criaturas flacas no han de introducir conferencias ni palabras con su mortal enemigo y maestro de mentiras, pues mi Hijo santísimo, que era todopoderoso y de infinita sabiduría, no lo hizo, para que con su ejemplo las almas aprendieran este recato y modo de proceder con el demonio. Ármate con fe viva, esperanza cierta y caridad fervorosa de profunda humildad, que son las virtudes que quebrantan y aniquilan a este Dragón, y a ellas no les osa hacer cara, huye de ellas, porque son poderosas armas para su arrogancia y soberbia.

CAPITULO 27

Sale Cristo nuestro Redentor del desierto, vuelve a donde estaba San Juan Bautista y ocúpase en Judea en algunas obras hasta la vocación de los primeros discípulos; todo lo conocía e imitaba María santísima.

1009. Habiendo conseguido Cristo Redentor nuestro gloriosamente los ocultos y altos fines de su ayuno y soledad en el desierto, con las victorias que alcanzó del demonio triunfando de él y de todos sus vicios, determinó Su Divina Majestad de salir del desierto a proseguir las obras de la redención humana que su Eterno Padre le había encomendado. Y para despedirse de aquel yermo se postró en tierra, confesando y dando gracias a su Padre Eterno por todo lo que allí había obrado por la humanidad santísima en gloria de la divinidad y en beneficio del linaje humano. Y luego hizo una

ferventísima oración y petición para todos aquellos que a imitación suya se retirasen, o para toda la vida o por algún tiempo, a las soledades para seguir sus pisadas y vacar a la contemplación y ejercicios santos, retirándose del mundo y de sus embarazos. Y el altísimo Señor le prometió favorecerlos y hablarles al corazón (Os 2, 14) palabras de vida eterna y prevenirlos con especiales auxilios y bendiciones de dulzura (Sal 20, 4), si ellos de su parte se disponen para recibirlos y corresponder a ellos. Y hecha esta oración, pidió licencia al mismo Señor, como hombre verdadero, para salir de aquel desierto, y asistiéndole sus Santos Ángeles salió de él.

1010. Encaminó sus hermosísimos pasos el divino Maestro hacia el Río Jordán, donde su gran precursor San Juan Bautista continuaba su bautismo y predicación, para que con su vista y presencia diese el Bautista nuevo testimonio de su divinidad y ministerio de Redentor. Y también condescendió Su Majestad con el afecto del mismo San Juan Bautista, que deseaba de nuevo verle y hablarle, porque con la primera vista y presencia del Salvador, cuando le bautizó San Juan Bautista, quedó el corazón del Santo Precursor inflamado y herido de aquella oculta y divina fuerza que atraía a sí a todas las cosas, y en los corazones más dispuestos, como lo estaba el de San Juan Bautista, prendía este fuego con mayor fuerza y violencia del amor. Llegó el Salvador a la presencia de San Juan Bautista, y fue ésta la segunda vez que se vieron; y antes de hablar otra palabra el Bautista, viendo que se llegaba el Señor, dijo aquéllas que refiere el Evangelista (Jn 1, 29): *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi: Mirad al Cordero del Señor, mirad al que quita el pecado del mundo.* Este testimonio dio el Bautista señalando a Cristo nuestro Señor y hablando con la gente que asistía con el mismo San Juan Bautista para ser bautizada y a oír su predicación, y añadió y dijo: *Este es de quien he dicho que tras de mí venía un varón que*

era más que yo, porque era primero que yo fuese; y yo no le conocía, y vine a bautizar en agua para manifestarle (Jn 1, 30-31).

1011. Dijo el Bautista estas palabras, porque antes de llegar Cristo Señor nuestro al bautismo no le había visto, ni tampoco había tenido la revelación de su venida que tuvo allí, como queda declarado en el capítulo 24 de este libro (Cf. supra n. 978). Y luego añadió el Bautista cómo había visto el Espíritu Santo descender sobre Cristo en el bautismo (Jn 1, 32) y que había dado testimonio de la verdad, que Cristo era Hijo de Dios. Porque mientras Su Majestad estuvo en el desierto, le enviaron los judíos de Jerusalén la embajada que refiere San Juan Evangelista en el capítulo 1 preguntándole quién era, y lo demás que el Evangelista dice (Jn 1, 19ss); y entonces respondió el Bautista que él bautizaba en agua y que en medio de ellos había estado el que no conocían, porque había estado entre ellos en el Río Jordán, y que venía tras de él y no era digno de desatar el lazo de su calzado. De manera que cuando nuestro Salvador volvió del desierto a verse la segunda vez con el Bautista, entonces le llamó Cordero de Dios y refirió el testimonio que poco antes había dado a los fariseos y añadió lo demás, de que había visto al Espíritu Santo sobre su cabeza, como se lo había revelado que lo vería; y San Mateo añade lo de la voz del Padre que vino juntamente del cielo (Mt 3, 17), y también lo dijo San Lucas (Lc 3, 22), aunque San Juan Evangelista sólo refiere lo del Espíritu Santo en forma de paloma (Jn 1, 32), porque el Bautista no declaró a los judíos más que esto.

1012. Esta fidelidad que tuvo el Precursor en confesar que no era Cristo y en dar los testimonios de su divinidad que se han dicho, conoció la Reina del cielo desde su retiro, y en retorno pidió al Señor lo premiase y pagase a su fidelísimo siervo San Juan Bautista, y así lo hizo el

Todopoderoso con liberal mano, porque en su divina aceptación quedó el Bautista levantado sobre todos los nacidos de las mujeres; porque no admitió la honra que le ofrecían de Mesías, determinó el Señor darle la que sin serlo era capaz de recibir entre los hombres y, en esta misma ocasión que se vieron Cristo Redentor nuestro y San Juan Bautista, fue el gran Precursor lleno de nuevos dones y gracias del Espíritu Santo. Y porque algunos de los circunstantes, cuando oyeron decir: *Ecce Agnus Dei*, advirtieron mucho en las razones del Bautista y le preguntaron quién era aquel de quien así hablaba, dejándole el Salvador informando a los oyentes de la verdad con las razones arriba referidas, se desvió Su Majestad y se fue de aquel lugar encaminándose a Jerusalén y habiendo estado muy poco tiempo en presencia del Bautista; pero no fue vía recta a la Ciudad Santa, antes anduvo muchos días primero por otros lugares pequeños, enseñando disimuladamente a los hombres y dándoles noticia de que el Mesías estaba en el mundo y encaminándolos con su doctrina a la vida eterna, y a muchos al bautismo de San Juan Bautista, para que se preparasen con la penitencia para recibir la redención.

1013. No dicen los Evangelistas dónde estuvo nuestro Salvador en este tiempo después del ayuno, ni qué obras hizo, ni el tiempo que se ocupó en ellas, pero lo que se me ha declarado es que estuvo Su Majestad casi diez meses en Judea, sin volver a Nazaret a ver a su Madre santísima ni entrar en Galilea, hasta que llegando en otra ocasión a verse con el Bautista, le dijo segunda vez: *Ecce Agnus Dei*, y le siguieron San Andrés y los primeros discípulos que oyeron al Bautista decir estas palabras (Jn 1, 35-42); y luego llamó a San Felipe, como lo refiere San Juan Evangelista (Jn 1, 43). Estos diez meses gastó el Señor en ilustrar las almas y prevenirlas con auxilios, doctrina y admirables beneficios, para que despertasen

del olvido en que estaban y después, cuando comenzase a predicar y hacer milagros, estuviesen más prontos para recibir la fe del Redentor y le siguiesen; como sucedió a muchos de los que dejaba ilustrados y catequizados. Verdad es que en este tiempo no habló con los fariseos y letrados de la ley, porque éstos no estaban tan dispuestos para dar crédito a la verdad de que el Mesías había venido, pues aún después no la admitieron, confirmada con la predicación, milagros y testimonios tan manifiestos de Cristo nuestro Señor. Pero a los humildes y pobres, que por esto merecieron ser primero evangelizados e ilustrados, habló el Salvador en aquellos diez meses, y con ellos hizo liberales misericordias en el reino de Judea, no sólo con la particular enseñanza y ocultos favores, sino con algunos milagros disimulados, con que le admitían por gran profeta y varón santo. Y con este reclamo despertó y movió los corazones de innumerables hombres para salir del pecado y buscar el reino de Dios, que ya se les acercaba con la predicación y Redención que luego quería Su Majestad obrar en el mundo.

1014. Nuestra gran Reina y Señora estaba siempre en Nazaret, donde conocía las ocupaciones de su Hijo santísimo y todas sus obras, así por la divina luz que ya he declarado, como por las noticias que le daban sus mil ángeles, y siempre la asistían en forma visible, como queda dicho (Cf. supra n. 481, 967, 990), en la ausencia del Redentor. Y para imitarle en todo con plenitud, salió de su retiro al mismo tiempo que Cristo nuestro Salvador del desierto; y como Su Majestad, aunque no pudo crecer en el amor, le manifestó con mayor fervor después de vencido el demonio con el ayuno y todas las virtudes, así la divina Madre, con nuevos aumentos que adquirió de gracia, salió más ardiente y oficiosa para imitar las obras de su Hijo santísimo en beneficio de la salvación humana y hacer de nuevo el oficio de precursora para

manifestación del Salvador. Salió la divina Maestra de su casa de Nazaret a los lugares circunvecinos, acompañada de sus Ángeles, y con la plenitud de su sabiduría y con la potestad de Reina y Señora de las criaturas hizo grandes maravillas, aunque disimuladamente, al modo que obraba en Judea el Verbo humanado. Dio noticia de la venida del Mesías, sin manifestar quién era, enseñó a muchos el camino de la vida, sacábalos de pecado, arrojaba los demonios, ilustraba las tinieblas de los engañados e ignorantes, preveníalos para que admitiesen la Redención creyendo en su Autor; y entre estos beneficios espirituales hacía muchos corporales, sanando enfermos, consolando los afligidos, visitando a los pobres y, aunque eran más frecuentes estas obras con las mujeres, también hizo muchas con los varones, que si eran despreciados y pobres no perdían estos socorros y felicidad de ser visitados de la Señora de los Ángeles y de todas las criaturas.

1015. En estas salidas ocupó la divina Reina el tiempo que su Hijo santísimo andaba en Judea y siempre le imitó en todas sus obras, hasta en andar a pie como Su Divina Majestad, y aunque algunas veces volvía a Nazaret luego continuaba sus peregrinaciones. Y en estos diez meses comió muy poco, porque de aquel manjar celestial que le envió su Hijo santísimo del desierto, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 1002), quedó tan alimentada y confortada, que no sólo tuvo fuerzas para andar a pie por muchos lugares y caminos, sino también para no sentir tanto la necesidad de otro alimento. Tuvo asimismo la beatísima Señora noticia de lo que San Juan Bautista hacía predicando y bautizando en las riberas del Río Jordán, como se ha dicho (Cf. supra n. 1010), y también le envió algunas veces muchos de sus Ángeles a que le consolasen y gratificasen la lealtad que mostraba a su Dios y Señor. Entre estas cosas padecía la amorosa

Madre grandes deliquios de amor con el natural y santo afecto que apetece la vista y presencia de su Hijo santísimo, cuyo corazón estaba herido de aquellos divinos y castísimos clamores. Y antes de volver Su Majestad a verla y consolarla y dar principio a sus maravillas y predicación en lo público, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1016. Hija mía, en dos importantes documentos te doy la doctrina de este capítulo: El primero, que ames la soledad y la procures guardar con singular aprecio, para que te alcancen las bendiciones y promesas que mi santísimo Hijo mereció y prometió a los que en esto le imitaren; procura siempre estar sola, cuando por virtud de la obediencia no te hallares obligada a conversar con las criaturas, y entonces, si sales de tu soledad y retiro, llévale contigo en el secreto de tu pecho, de manera que no te alejen de él los sentidos exteriores ni el uso de ellos; en los negocios sensibles has de estar de paso, y en el retiro y desierto del interior muy de asiento; y para que allí tengas soledad, no des lugar a que entren imágenes ni especies de criaturas, que tal vez ocupan más que ellas mismas y siempre embarazan y quitan la libertad del corazón; indigna cosa sería que tú le tuvieras en alguna ni alguna estuviera en él, lo quiere mi Hijo santísimo y yo quiero lo mismo. El segundo documento es que en primer lugar atiendas al aprecio de tu alma, para conservarla en toda pureza y candidez, y sobre esto, aunque es mi voluntad que trabajes por la justificación de todas, pero en particular quiero que imites a mi Hijo santísimo y a mí en lo que hicimos con los más pobres y despreciados del mundo. Estos párvulos piden muchas veces el pan del consejo y doctrina y no hallan quien se le comunique y reparta (Lam 4, 4), como a los más válidos y ricos del mundo, que tienen muchos ministros que los

aconsejen. De estos pobres y despreciados llegan muchos a ti; admítelos con la compasión que sientes, consuélalos y acarícialos, para que con su sinceridad admitan la luz y el consejo, que a los más sagaces se ha de dar diferentemente, y procura granjear aquellas almas que entre las miserias temporales son preciosas en los ojos de Dios; y para que ellos y los demás no malogren el fruto de la Redención, quiero que trabajes sin cesar ni darte por satisfecha hasta morir, si fuere necesario, en esta demanda.

CAPITULO 28

Comienza Cristo Redentor nuestro a recibir y llamar sus discípulos en presencia del Bautista y da principio a la predicación. Manda el Altísimo a la divina Madre que le siga.

1017. A los diez meses después del ayuno que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo, no porque antes hubiese hablado en oculto de la verdad que enseñaba, sino porque no se había declarado por Mesías y Maestro de la vida, y llegaba ya el tiempo de hacerlo, como por la Sabiduría infinita estaba determinado. Para esto volvió Su Majestad a la presencia de su precursor y bautista Juan, porque mediante su testimonio, que le tocaba de oficio darle al mundo, se comenzase a manifestar la luz en las tinieblas (Jn 1, 5)). Tuvo inteligencia el Bautista por revelación divina de la venida del Salvador y que era tiempo de darse a conocer por Redentor del mundo y verdadero Hijo del Eterno Padre, y estando prevenido San Juan Bautista con esta ilustración vio al Salvador que venía para él y, exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo: *Ecce Agnus Dei: Mirad al Cordero de Dios (Jn 1, 29)*, éste es. Correspondió

este testimonio y suponía, no sólo al otro que con las mismas palabras había dado otras veces el mismo precursor de Cristo, pero también a la doctrina que más en particular había enseñado a sus discípulos que asistían más a la enseñanza del Bautista; y fue como decirles: Veis ahí al Cordero de Dios, de quien os he dado noticia, que ha venido a redimir el mundo y abrir el camino del cielo. Esta fue la última vez que vio el Bautista a nuestro Salvador por el orden natural, aunque por otro (sobrenatural) le vio en su muerte y tuvo su presencia, como después diré en su lugar (Cf. infra n. 1073).

1018. Oyeron a San Juan Bautista dos de los primeros discípulos que con él estaban y, en virtud de su testimonio y de la luz y gracia que interiormente recibieron de Cristo nuestro Señor, le fueron siguiendo, y convirtiéndose a ellos Su Majestad amorosamente les preguntó qué buscaban y respondieron ellos que querían saber dónde tenía su morada; y con esto los llevó consigo y estuvieron con él aquel día, como lo refiere el Evangelista San Juan. El uno de estos dos dice que era San Andrés, hermano de San Pedro, y no declara el nombre del otro, pero, según lo que he conocido, era el mismo San Juan Evangelista, aunque no quiso declarar su nombre por su gran modestia. Pero él y San Andrés fueron las primicias del apostolado en esta primera vocación, porque fueron los que primero siguieron al Salvador, sólo por testimonio exterior del Bautista, de quien eran discípulos, sin otra vocación sensible del mismo Señor. Luego San Andrés buscó a su hermano Simón y le dijo cómo había topado al Mesías, que se llamaba Cristo, y le llevó a Él, y mirándole Su Majestad le dijo: *Tú eres Simón, hijo de Joná, y te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro (Jn 1, 42)*. Sucedió todo esto en los confines de Judea, y determinó el Señor entrar el día siguiente en Galilea, y halló a San Felipe y le llamó diciéndole que le siguiese, y luego Felipe llamó a

Natanael y le dio cuenta de lo que le había sucedido y cómo habían hallado al Mesías que era Jesús de Nazaret y llevóle a su presencia; y habiendo pasado con Natanael las pláticas que refiere San Juan en el fin del capítulo 1 de su evangelio (Jn 1, 43-51), entró en el discipulado de Cristo nuestro Señor en el quinto lugar.

1019. Con estos cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva Iglesia, entró Cristo nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Y ésta fue la primera vocación de estos apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron a su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del divino amor y los previno con bendiciones de dulzura. No es posible encarecer dignamente lo mucho que le costó a nuestro divino Maestro la vocación y educación de éstos y de los demás discípulos para fundar la Iglesia. Buscólos con solicitud y grandes diligencias, llamólos con poderosos, frecuentes y eficaces auxilios de su gracia, ilustrólos e iluminó sus corazones con dones y favores incomparables, admitiólos con admirable clemencia, criólos con tan dulcísima leche de su doctrina, sufriólos con invencible paciencia, acariciólos como amantísimo padre a hijos tiernos y pequeñuelos. Y como la naturaleza es torpe y ruda para las materias altas, espirituales y delicadas del interior, en que no sólo habían de ser perfectos discípulos sino consumados maestros del mundo y de la Iglesia, venía a ser grande la obra para formarlos y pasarlos del estado terreno al celestial y divino, a donde los levantaba con su doctrina y ejemplo. **Altísima enseñanza de paciencia, mansedumbre y caridad (y justicia) dejó Su Majestad en esta obra para los prelados, príncipes y cabezas que gobiernan súbditos, de lo que deben hacer con ellos. Y no fue menor la confianza que nos dio a los pecadores de su paternal clemencia, pues no se acabó en los apóstoles y discípulos**

sufriendo sus faltas y menguas, sus inclinaciones y pasiones naturales, antes bien se estrenó en ellos con tanta fuerza y admiración para que nosotros levantemos el corazón y no desmayemos entre las innumerables imperfecciones de nuestra condición terrena y frágil.

1020. Todas las obras y maravillas que nuestro Salvador hacía en la vocación de los apóstoles y discípulos y en la predicación, conocía la Reina del cielo por los medios que dejó repetidos (Cf. supra n. 990). Y luego daba gracias al Eterno Padre por los primeros discípulos y en su espíritu los reconocía y admitía por hijos espirituales, como lo eran de Cristo nuestro Señor, y los ofrecía a Su Majestad divina con nuevos cánticos de alabanza y júbilo de su espíritu. Y en esta ocasión de los primeros discípulos tuvo una visión particular, en que le manifestó el Altísimo de nuevo la determinación de su voluntad santa y eterna sobre la disposición de la redención humana y el modo como se había de comenzar y ejecutar por la predicación de su Hijo santísimo, y díjola el Señor: Hija mía y paloma mía escogida entre millares, necesario es que acompañes y asistas a mi Unigénito y tuyo en los trabajos que ha de padecer en la obra de la redención humana. Ya se llega el tiempo de su aflicción y de abrir yo por este medio los archivos de mi sabiduría y bondad, para enriquecer a los hombres con mis tesoros. Por medio de su Reparador y Maestro quiero redimirlos de la servidumbre del pecado y del demonio, y derramar la abundancia de mi gracia y dones sobre todos los corazones de los mortales que se dispusieren para conocer a mi Hijo humanado y seguirle como cabeza y guía de sus caminos para la eterna felicidad que les tengo preparada. Quiero levantar del polvo, enriquecer a los pobres, derribar los soberbios, ensalzar a los humildes, alumbrar a los ciegos en las tinieblas de la muerte, y quiero engrandecer a mis amigos y escogidos y dar a conocer mi grande y santo nombre. Y

en la ejecución de esta mi santa voluntad eterna quiero que tú, electa y querida mía, cooperes con tu amado Hijo y le acompañes, sigas y le imites, que yo seré contigo en todo lo que hicieres.

1021. Rey supremo de todo el universo —respondió María santísima—, de cuya mano reciben todas las criaturas el ser y la conservación, aunque este vil gusanillo sea polvo y ceniza, hablaré por Vuestra dignación divina en Vuestra real presencia. Recibid, pues, oh altísimo Señor y Dios eterno, el corazón de vuestra sierva, que aparejado ofrezco para el cumplimiento de vuestro beneplácito. Recibid el sacrificio y holocausto, no sólo de mis labios, sino de lo más íntimo de mi alma, para obedecer al orden de vuestra eterna sabiduría que manifestáis a vuestra esclava. Aquí estoy postrada ante vuestra presencia y majestad suprema, hágase en mí enteramente vuestra voluntad y gusto. Pero si fuera posible, oh poder infinito, que yo muriera y padeciera, o para morir con vuestro Hijo y mío o para excusarle de la muerte, éste fuera el cumplimiento de todos mis deseos y la plenitud de mi gozo, y que la espada de vuestra justicia hiciera en mí la herida, pues fui más inmediata a la culpa. Su Majestad es impecable por naturaleza y por los dones de su divinidad. Conozco, Rey justísimo, que siendo Vos el ofendido por la injuria de la culpa, pide Vuestra equidad satisfacción de persona igual a Vuestra Majestad, y todas las puras criaturas distan infinito de esta dignidad. Pero también es verdad que cualquiera de las obras de vuestro Unigénito humanado es sobreabundante para la Redención, y Su Majestad ha obrado muchas por los hombres. Y si con esto es posible que yo muera porque su vida de inestimable precio no se pierda, preparada estoy para morir; y si vuestro decreto es inmutable, concededme, Padre y Dios altísimo, si es posible, que yo emplee mi vida con la suya. En esto admitiré Vuestra

obediencia, como la admito en lo que me mandáis que le acompañe y siga en sus trabajos. Asístame el poder de vuestra mano para que yo acierte a imitarle y cumplir vuestro beneplácito y mi deseo.

1022. No puedo con mis razones manifestar más lo que se me ha dado a entender de los actos heroicos y admirables que hizo nuestra gran Reina y Señora en esta ocasión y mandato del Altísimo y el fervor ardentísimo con que deseó morir y padecer, o para excusar la pasión y muerte de su Hijo santísimo o para morir con él. Y si los actos fervorosos del amor afectivo, aun en las cosas imposibles, obligan tanto a Dios, que se da por servido y por pagado de ellos cuando nacen de verdadero y recto corazón y los acepta para premiarlos en alguna manera como si fueran obras ejecutadas, ¿qué tanto sería lo que mereció la Madre de la gracia y del amor con el que tuvo en este sacrificio de su vida? No alcanzan el pensamiento humano ni el angélico a comprender tan alto sacramento de amor, pues le fuera dulce padecer y morir y vino a ser en ella mucho mayor el dolor de no morir con su Hijo que el quedar con vida viéndole morir a Él y padecer, de que diré más en su lugar (Cf. infra n. 1376). Pero de esta verdad se viene a entender la semejanza que tiene la gloria de María santísima con la de Cristo y la que tuvo su gracia y santidad de esta gran Señora con su ejemplar, porque todo correspondía a este amor y él se extendió a lo sumo que en pura criatura es imaginable. Con esta disposición salió nuestra Reina de la visión dicha, y el Altísimo mandó de nuevo a los Ángeles que le asistían la gobernasen y sirviesen en lo que había de obrar, y ellos lo ejecutaron como fidelísimos ministros del Señor, y la asistían de ordinario en forma visible, acompañándola en todas partes y sirviéndola.

>> sigue parte 13 >>